

A DIVINIS
Lejos de lo Divino

(Libro 2º de la Trilogía Aeternum)

ANA ROSENROT

A DIVINIS
Lejos de lo Divino

ANA ROSENROT

Trilogía: AETERNUM
1º libro
Título original: AETERNUM. Para toda la Eternidad
2º libro
Título original: A DIVINIS. Lejos de lo Divino
3º libro
Título original: AB INITIO. Desde el Principio

www.trilogiaaeternum.com

© 2012, Ana Rosenrot
© 2012, AETERNUM
© 2012, A DIVINIS
© 2012, AB INITIO

Esta trilogía es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque en la obra se hace referencia a hechos y situaciones históricas ocurridas en la vida real para recrear diferentes épocas, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas es pura coincidencia.

Primera edición: abril, 2014

ISBN: 978-8484110460

Depósito legal: B 7518-2014

Printed in Spain- Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).

Agradecemos a Alicia Peropadre Enrich su colaboración.

"La belleza no es sino el comienzo de lo terrible"

Rainer María Rilke

I PARTE

Una luna redonda y blanca como una bola de nieve iluminaba el bello paisaje natural lleno de mesetas, lagunas, cascadas y grutas que conformaban los alrededores del volcán. Parecía increíble que tan cerca de una de las ciudades más pobladas del mundo pudiera existir un lugar tan apacible como aquel. No había nadie por los alrededores pero a la joven de cabello largo y oscuro no parecía importarle. Andaba con dirección a la espesa vegetación que se adivinaba. Se desvió del camino principal cogiendo un sendero que se adentraba en el bosque.

Un guarda la miró y movió tristemente la cabeza en un gesto de incompreensión. Ella pasó al lado del cartel que había junto al sendero sin prestarle atención: "Tu vida es valiosa y te ha sido otorgada por tus padres. Por favor, piensa en ellos, en tus hermanos e hijos. Por favor, busca ayuda y no atravieses este lugar solo".

Caminaba con los sentidos alerta, pero sus pasos eran decididos sobre el suelo de roca volcánica. Hizo caso omiso de las señales de prohibido el paso y las cintas de plástico de la policía. La vegetación se fue haciendo más tupida a medida que se adentraba en el bosque, tan sólo el lenguaje de los animales nocturnos y el sonido de sus propias pisadas acompañaban su silencio. Caminaba sin miedo escrutando entre la vegetación, estaba decidida. La luz de la luna apenas podía atravesar la espesura de los árboles cuyas copas se unían en lo alto. Parecía como si la joven conociera aquel lugar, como si hubiera estado más veces allí.

Respiró hondo con los ojos cerrados y pronto descubrió lo que había ido a buscar, ¡aquel era el lugar! Escuchó el crujido de una rama y sus sentidos se agudizaron, se agazapó tras el tronco de un árbol y percibió a otra persona no demasiado lejos; le oyó llorar. Ella tragó saliva, su corazón galopaba a mil por hora. Elevó la cabeza buscando la luna y ella le regaló un halo de luz blanca que se filtraba entre las ramas. La joven de cabello oscuro clavó sus dedos en el tronco rugoso del árbol, ya no podía aguantar más. Se desnudó y se levantó dejando que aquel haz de luz nívea inundara su cuerpo en el que se apreciaba un extenso tatuaje. Poco a poco la luna hizo su efecto y a los pocos minutos la joven se había convertido en una loba de negro pelaje con la lengua colgando de las mandíbulas que husmeaba expectante en busca de la persona que se encontraba cerca de allí. Sus patas se movían con rapidez, sorteaba los obstáculos con precisión. Se estaba acercando a su presa, la sentía, la olía.

El joven había dejado su mochila al pie del tronco en el que se había sentado. Sus hombros estaban hundidos y tenía un aspecto totalmente apesadumbrado. Sacó de la mochila un pequeño

frasco lleno de pastillas, una botella de agua y una foto manoseada de lo que aparentemente era una familia feliz. La contempló y lloró amargamente. Suspiró y con mano temblorosa abrió el frasco de pastillas y lo volcó sobre la palma de su mano, eran muchas. Contempló las pastillas mucho tiempo. Estaba a punto de acercarlas a su boca cuando algo le detuvo, un gruñido o una pisada. Escudriñó los alrededores pero no podía ver nada. La luz de la luna apenas bastaba para iluminar aquella zona tan escondida y frondosa del bosque. Entrecerró los ojos para enfocar mejor pero siguió sin ver nada; por fin se encogió de hombros, ¿qué más le daba quién estuviera allí?, quizás otro pobre desgraciado como él. Suspiró nuevamente y con decisión se acercó las pastillas a la boca pero no tuvo oportunidad de tragarlas, algo salió de la espesura y se abalanzó sobre él. El joven gritó e intentó zafarse del animal pero éste le tiró al suelo con fuerza y rápidamente se ensañó con su cuello, tenía un hambre loco y salvaje, no le costaba gran esfuerzo desgarrar la carne del joven que impotente intentaba quitarse el animal de encima, pero no tuvo ninguna oportunidad de escapar y entre convulsiones murió mientras servía para apaciguar el hambre de aquella bestia que masticaba su carne, hundía el hocico en su sangre y se relamía con gusto. Cuando el animal se sintió satisfecho apoyó sus patas en el pecho del joven y con la sangre aún goteando por los bellos elevó su cabeza hacia la luna y aulló con fuerza. Todos los animales del bosque se despertaron excitados y nerviosos. La loba repitió su aullido, contempló el cuerpo sin vida del joven y salió corriendo internándose en lo más profundo del bosque.

El amanecer devolvió al bosque el color que la noche le había quitado aunque ahora era la niebla la que parecía querer ocultarlo, como si lo que allí había pasado no pudiera ser mostrado. La niebla parecía querer introducirse dentro de los pulmones de la joven de cabello oscuro pero ella respiraba hondo, estaba cansada y quería volver a casa. La luna se había escabullido ya pero el sol aún tenía la timidez del alba y parecía no querer despertar. Por fin salió del bosque y se encontró con el amanecer espectacular del sol iluminando el monte Fuji, que coronado por su cumbre nevada parecía un coloso, un dios omnipotente a cuyos pies se extendía un manto de cerezos y almendros en flor que con sus tonos rosados y violáceos conformaban un paisaje de ensueño, pero la joven no se dejó intimidar por la grandiosidad del paisaje. Tragó saliva y se pasó nerviosamente la mano por su cabello para alisarlo. Tenía que salir de allí, tenía que volver a su casa.

El guarda la contempló con extrañeza y en su fuero interno se alegró: hubiera sido una lástima que una muchacha tan bonita y tan joven no hubiera regresado del bosque, quizás ella se hubiera arrepentido en el último momento.

La joven sentía opresión el pecho, ansiedad, apenas podía respirar. Corrió hasta donde tenía aparcado su coche y solo cuando estuvo en él se tranquilizó. Se repetía constantemente que no debía sentir remordimientos, que todo el que se acercaba hasta aquel sitio era por un motivo específico y que aquel joven hubiera muerto independientemente de que ella hubiera estado allí o no.

Arrancó el coche y se marchó del bosque de Aokigahara, el bosque de los suicidios, seguida por la inmensidad del monte Fuji que parecía mirarla acusadoramente.

El camino de vuelta a Tokio fue tranquilo, la bulliciosa ciudad despertaba con una alegría aún adormecida pero la joven parecía no percatarse de todo lo que ocurría a su alrededor. Conducía como una autómatas. Era demasiado pronto y aún no había demasiado tráfico así que llegó a Ichiban-cho, en el barrio de Chiyoda-ku sin ningún problema. Aparcó en la zona reservada al consulado británico y se dirigió con rapidez a su casa. El policía que la vio sonrió divertido imaginando que la joven volvía de una noche de fiesta, no era la primera vez que la hija del embajador británico pasaba la noche fuera de casa.

La muchacha se dirigió con premura a la escalera, algunos sirvientes estaban ya levantados, les oía trastear por la cocina. Subía las escaleras de dos en dos esperando no encontrarse con nadie pero una de las puertas del piso superior se abrió dando paso a un hombre de unos sesenta años que se la quedó mirando, primero con extrañeza y luego con preocupación. Poseía una cuidada barba prácticamente blanca y su porte era noble. Frunció el ceño al verla y se detuvo. En aquellos momentos llevaba un portafolios en la mano ya que comenzaba a trabajar desde muy temprano.

-¿De dónde vienes, Tania?- preguntó con su voz profunda.

La joven se sorprendió visiblemente y se volvió al oír la voz de su padre.

-De por ahí- contestó mirándole a los ojos de forma casi retadora.

Ambos se miraron en silencio.

-Anoche hubo luna llena- dijo su padre por fin como si aquella frase fuera algo significativo para ellos dos pero que hubiera resultado un tanto absurda para alguien que hubiera asistido a la conversación.

-Lo sé- respondió ella con evidente nerviosismo mientras se pasaba la mano por su cabello oscuro y liso.

-No debes salir en noches como estas...

-Papá, por favor- suplicó ella- Estoy muy cansada y quiero tomar un baño.

-Está bien...- aceptó el hombre asintiendo con la cabeza- será mejor que descanses. Contempló con impotencia como la joven se dirigía a su habitación y cerraba la puerta tras ella. Moviéndola la cabeza en gesto de desaprobación y cierto enfado, después bajó las escaleras. Podía intuir dónde había pasado la noche pero no se sentía con fuerza moral para recriminarla nada.

Llegó al salón y le indicó a uno de los sirvientes que le subieran el desayuno a su hija, mientras él se sentaba y se disponía a dar buena cuenta de su típico desayuno inglés.

Tania se quedó apoyada en la puerta una vez que hubo entrado en su habitación. Estaba terriblemente cansada pero no podía evitar sentirse plena, llena de fuerza, vital, ¡viva! Mientras abría el grifo y dejaba que la bañera se llenara de agua comenzó a desnudarse frente al espejo, se quitó los vaqueros, la camiseta y la sudadera, después la ropa interior y se contempló en el espejo, aún tenía restos de sangre en su cuerpo y algunos arañazos y magulladuras; aquel joven se había resistido con todas sus fuerzas, probablemente nunca hubiera imaginado tener un final así y a ella le inquietaba un poco que se hubiera agarrado a la vida con tanta pasión. Quizás no estuviera tan decidido a suicidarse como pensaba pero ella le había visto llevarse las pastillas a la boca, ¡no!, no podía tener dudas ni remordimientos ahora. La forma en que se había defendido se

correspondía solo a un reflejo inconsciente, además.... Ya estaba hecho y su instinto estaba terrible y salvajemente satisfecho.

Se metió en la bañera y cuando el agua templada acarició su joven y blanco cuerpo, Tania cerró los ojos y gimió quedamente, aquello era sumamente reconfortante. Apoyó la nuca en el borde de la bañera y se adormeció. Poco a poco sus músculos se fueron desentumeciendo y el cansancio y el dolor fueron desapareciendo. Vertió una generosa cantidad de cremoso jamón en una suave esponja y empezó a pasarla por su cuerpo, masajeándolo, después hundió la cabeza en el agua y cuando la volvió a sacar se sintió fresca y despejada.

Salió de la bañera, se cubrió con un albornoz y respondió a la llamada en la puerta de su habitación.

-¿Sí?

Una mujer mayor y menuda, vestida con un kimono azul entró en la habitación. Sonrió a la joven y esta se apresuró a ayudarla con la bandeja que llevaba en sus brazos.

-¡Pero Hitomi!, ¿cómo has subido tú sola con esa bandeja tan pesada?- dijo regañándola como a una niña pequeña- Y te tengo dicho un millón de veces que no tienes que pedir permiso para entrar en mi habitación.

Tania llevó la bandeja a la cama mientras la anciana japonesa se sentaba junto a ella cuidadosamente de modo que su kimono se arrugara lo menos posible.

-Tu padre está preocupado, niña- dijo mientras la miraba con devoción.

-No tiene por qué- Tania no quería hablar del tema, siempre que hacía una de sus salidas nocturnas al bosque de Aokigahara pasaba lo mismo.

-No está bien lo que haces, lo sabes- insistió Hitomi que se había levantado y con una toalla secaba el cabello de la joven mientras ella mordisqueaba un trozo de bacon.

-No le hago ningún mal a nadie- dijo con la boca llena.

-Te lo haces a ti misma- le dijo Hitomi apartándole el oscuro cabello y hablando cerca de su oído- es peligroso.

Tania se volvió y sus almendrados ojos castaños se fijaron en los rasgados de la anciana Hitomi haciendo que el albornoz se bajara y mostrara su hombro derecho.

-Yo no tengo la culpa- dijo con ansiedad intentando justificarse- No lo puedo evitar, es... es superior a mi- explicó.

-Lo sé, pequeña, lo sé....- la anciana le dio unos golpecitos en el hombro, justo por donde asomaba el tatuaje que rodeaba su cuerpo- Es una pena que el dragón no pueda sujetar a la bestia- añadió con suma tristeza.

Hitomi se incorporó con dificultad y sonriendo con cariño se marchó de la habitación. Su sencillo kimono de seda azul susurró levemente al rozarse con el quicio de la puerta.

Tania dejó lentamente la tostada en el plato, ya no tenía hambre. Se levantó y frente al espejo se quitó el albornoz, contempló su cuerpo desnudo y el tatuaje del dragón que comenzaba en la ingle izquierda y que rodeaba su cadera ascendiendo por su espalda enredado con una flor de loto, un crisantemo y una de cerezo hasta llegar al hombro y parte de su pecho derecho donde descansaba la poderosa y magnífica cabeza del dragón que la había acompañado desde que era apenas una niña de cinco años. Aún recordaba el día en que comenzaron a tatuarla: el dolor y el llanto mientras

su madre e Hitomi la sujetaban para que se estuviera quieta. Sintió un escalofrío al recordar la visión de aquel hombre sin piedad que le introducía la aguja en su carne para conformar aquel dibujo. En un principio ella pensó que aquello debía ser un castigo por haberse portado mal, había llorado y suplicado a su madre que la perdonara fuera lo que fuera lo que había hecho pero su madre que también lloraba movía la cabeza negativamente.

-Es necesario, cariño- repetía otra vez la mujer mientras cruzaba su llorosa mirada con la de Hitomi, quien asentía con la cabeza sin dejar de sujetar las piernas de Tania.

-El dragón conseguirá detener al lobo- afirmaba Hitomi con seguridad- Es poderoso. Además el loto, el crisantemo y la flor de cerezo la colmarán de dulzura y feminidad.

La pequeña solo sabía que aquel hombre la estaba haciendo mucho daño. Con varias agujas montadas sobre palitos, el tatuador las empujaba transversalmente bajo la piel hasta crear el sinuoso y elegante dragón que iba a ser el acompañante perpetuo de aquella criatura.

Solo cuando fue mayor y el tatuaje fue por fin completado, entendió el verdadero motivo de aquel dibujo. Acarició lentamente la cabeza del dragón y suspiró, el dragón no había sido capaz de sujetar a la bestia que salía las noches de luna llena, y si ni él con todo su poder lo había conseguido, ¿cómo iba ella a ponerle trabas? Tal vez tampoco quisiera hacerlo. Se miró al espejo, ¿cómo era posible que pudiera transformarse en un animal salvaje sin conciencia, sin raciocinio, tan solo obediente al instinto? No quería pensarlo, lo único que sabía es que cuando volvía de aquel bosque se sentía plena y llena de energía, aunque algo en el fondo de su alma se retorciera inquieto, quizás el dragón sí ejerciera su poder al fin y al cabo.

El sol ya estaba bastante alto en el cielo, tenía que darse prisa si quería llegar a clase. Se vistió rápidamente, cogió su carpeta y bajó las escaleras. Su padre aún estaba desayunando y leyendo el Times, como era costumbre en él. Le abrazó por detrás y le dio un beso en la mejilla aspirando su suave aroma a colonia mientras le robaba una tostada del plato. Se arrepentía de haber estado tan seca con él en la escalera.

-Me voy a clase- le anunció.

-Bien, te veo por la tarde. Tienes trabajo atrasado, Tania- dijo su padre con cariño. Era su única hija, su ojito derecho.

-Lo sé- contestó cogiendo la carpeta- Esta tarde lo terminaré, no te preocupes- aseguró la joven.

-Eso espero, lo necesitan para mañana- añadió con el ceño fruncido aparentando cierto enfado.

-No te fallaré. Hasta luego- dijo agitando la mano.

Su padre sonrió. Tania era una jovencita encantadora, lista, bonita y cariñosa. Le faltaba un trimestre para completar sus estudios de filología y trabajaba por las tardes en la embajada haciendo traducciones de inglés a japonés y viceversa. Siempre le había inculcado el amor al trabajo y aunque a veces había que estar encima de ella, siempre tenía el trabajo terminado en las fechas correspondientes. Era una joven de veintitrés años completamente normal, le gustaba salir con sus amigos y disfrutar de la vida. Una muchacha como tantas de su edad si no fuera por... El diplomático apartó los pensamientos que le atenazaban el alma y suspiró; había cosas en la vida que eran difíciles de entender y aceptar y ésta era una de ellas. Sir Philip Smith-Stone hubiera deseado que las cosas fueran de otro modo pero no podía cambiarlas.

Se levantó con cansancio de la mesa y se dispuso a entrar al despacho. Ese día tenía mucho trabajo en la embajada ya que debía departir con varias personalidades niponas.

La vida en Tokio comenzaba muy pronto y a aquellas horas la embajada ya era un hervidero de funcionarios que iban de un lado a otro con carpetas y maletines. Siempre había algo que hacer y siempre faltaba tiempo para todo. En la embajada trabajaba personal inglés y también japonés, eran terriblemente eficientes y puntuales, en eso se asemejaban a los ingleses. Los japoneses tenían una valoración muy importante de la dignidad y los valores como la justicia y la honradez, por eso, era muy importante la diplomacia ya que eran muy observadores de los detalles y las convenciones sociales.

Sir Philip Smith-Stone había nacido en Londres y desde muy joven se había dedicado a la diplomacia. Su familia, desde tiempos de su abuelo, siempre había tenido una relación muy estrecha con Japón, de hecho, su abuela era japonesa; y a su vez él se había casado en Tokio con una joven nipona, por eso mismo no era tan extraño que desde hacía unos años se hubiera convertido en el embajador británico en Tokio, el Premier Ministro había confiado en él la delicada labor de la diplomacia británica por su extenso conocimiento de la cultura japonesa.

Los rasgos nipones se habían ido difuminando en la genealogía, pero su hija Tania poseía en determinados momentos un leve aire oriental y exótico acrecentado por su melena lisa y negra además de su nívea piel. Tania, Tania... siempre la tenía en su pensamiento; ¿qué sería de ella?, ¿cómo podrían cambiar lo que ocurría? Lo que más le preocupaba es que ella parecía entregada a su destino, abocada a lo que era sin intentar luchar siquiera por evitarlo, quizás no quisiera, quizás el brillo que había advertido en sus ojos cada vez que volvía las noches de luna llena del Bosque de los Suicidas era una señal inequívoca de su disfrute, de una satisfacción y un placer que él nunca podría llegar a sentir o a entender.

El cuerpo desnudo y blanco de la joven destacaba entre las sábanas de raso negras. El hombre extendió la palma de la mano para acariciar aquella espalda de piel sedosa. Le encantaba aquel contraste, era como un punto de luz en medio de la noche, un faro alumbrando en una tormenta. Le gustaba contemplarla y en aquella ocasión sonreía plácidamente mientras ella se dejaba acariciar. Su mano ascendió hasta llegar a su cabeza y sus dedos se entremezclaron con el cabello rubio rojizo de la joven, jugueteó distraídamente con los bucles que se le formaban en la nuca. Ella se removió, se había despertado y él clavó sus ojos casi transparentes en los azules oscuros de ella cuando se dio la vuelta y le miró.

-¿Estabas dormida?- preguntó Markus.

Ella negó con la cabeza, tan solo tenía los ojos cerrados mientras pensaba. Se dio la vuelta y quedó tumbada boca arriba.

-Bien...- susurró el hombre de cabello rubio casi blanco y ojos transparentes. Se acercó más a ella y acarició su vientre de forma sugerente.

-Tengo que marcharme- se excusó ella incorporándose- Mañana tenemos una reunión importante.

-Puedes quedarte a dormir, Christine- le contestó él.

La joven hizo caso omiso a la invitación y se levantó de la cama. El raso susurró quedamente y Markus observó con deleite su cuerpo. Las pelirrojas siempre habían sido su debilidad pero Christine no era una pelirroja más, era la hija de su, si no amigo, por lo menos colega de negocios John Foundling, muerto, asesinado más bien hacía ya ocho años.

Oyó correr el agua de la ducha y suspiró, le hubiera gustado ducharse con ella como en otras ocasiones pero hoy la joven no tenía un buen día. Reconocía su estado de ánimo con un simple vistazo, así que decidió no molestarla mientras se duchaba, al fin y al cabo no se podía quejar, habían disfrutado de una placentera tarde sobre aquellas sábanas de raso negras que tanto le gustaban.

Christine salió del baño y se cubrió con una toalla mientras recogía su ropa esparcida por el suelo de la habitación de la lujosa casa.

-¿Qué te pasa hoy? Te encuentro distraída- le preguntó Markus observándola atentamente mientras se vestía.

-Nada. Simplemente estoy un poco cansada- contestó ella sin mirarle y buscando sus pendientes por la mesilla.

-¿No será que estás preocupada por nuestros planes?- inquirió él con los ojos entornados mientras le alargaba el pendiente que ella buscaba y que él había encontrado en la cama.

-No- dijo ella con decisión mirándole directamente a los ojos con aquella mirada azul oscura tan igual a la de su padre.

-¿Estás segura de que es eso lo que quieres?- insistió él, quería estar totalmente seguro de la decisión de ella.

-Totalmente- contestó con igual seguridad. A su rostro volvió la energía y ese brillo vengativo en sus ojos que tanto le gustaba a Markus.

-Bien- dijo el hombre con evidente satisfacción mientras la cogía de la mano y tiraba de ella para volverla a meter en la cama- Entonces, tendremos que celebrarlo- añadió sugerentemente.

Ella se rió y se dejó caer en sus brazos mientras ambos rodaban por las sábanas negras. La ropa volvió a caer sobre el suelo.

En el taxi de camino a su apartamento de Park Avenue, Christine tenía la mirada pensativa. Era el primer día en que sus planes habían comenzado a materializarse, sus planes y los de Markus. La pequeña iglesia de Santa María junto con el colegio había dejado de ser una ruina para convertirse en un amasijo de piedra. Hasta aquel momento, después de que ocho años atrás parte de la edificación se hubiera desplomado por causas que nunca habían llegado a aclararse..., por fin, ella y Markus habían conseguido que aquella iglesia que se resistía a ser derruida fuera considerada como edificación ruinosa y peligrosa y por tanto derruida. Aún así y habiendo peleado por aquello durante años, no podía por menos que sentir algo en su corazón. No sabía si era nostalgia pues allí había estudiado durante un año, pero también era el lugar donde había conocido a Rebeka, a la que había considerado amiga, y gracias a ella conoció a Alex. Sentía una mezcla de nostalgia y odio, maldecía el día en que había coincidido con Rebeka porque ellos habían sido los culpables de la muerte de su padre, no como autores materiales pero si por no prestarle ayuda. Se mordió los labios para evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas, pero no eran lágrimas de tristeza, eran de impotencia, de rabia, de odio. Había jurado venganza y aquello ya no era un deseo, era una realidad palpable.

Markus sonrió cuando Christine se marchó de su casa. Seguía tumbado en la cama con los brazos cruzados tras la cabeza. Sonreía y pensaba lo bien que estaban saliendo las cosas. Había sembrado la semilla del odio y la venganza en el corazón de la joven y lo había alimentado convenientemente día a día, palabra tras palabra, las justas para simplemente fomentar su crecimiento. El daño estaba hecho y ahora, tras ocho años, había conseguido convertir a la hija de su amigo Foundling en su caballo de Troya, en el arma perfecta para conseguir su propia venganza. Había utilizado a Christine para sus fines, eso se le daba muy bien. Se dio la vuelta en la cama y aspiró el delicado aroma que el cuerpo de la joven había dejado en las sábanas de raso negras. Sonrió nuevamente, nunca pensó que aquella venganza pudiera a la vez ser tan placentera y gozosa para él.

El sonido elegante del ascensor le indicó que había llegado ya a su piso. Christine avanzó por el pasillo hasta llegar a su apartamento. Vivía sola en aquel espacio amplio de vistas espectaculares

a Central Park, en un edificio emblemático de Manhattan. Dejó su bolso en cualquier lado y se dirigió a la nevera. La abrió pero no vio nada en ella que la satisficiera. Consultó su reloj, aún disponía de unas horas para dormir antes de ir a la reunión que tenía por la mañana. Se dirigió al dormitorio decorado en tonos suaves, se metió en la cama y suspiró con deleite, le encantaba su cama. Evitaba quedarse a dormir con Markus, no estaba a gusto en su casa y prefería la independencia de su apartamento. Markus era... demasiado intenso, con su sola mirada o presencia física se sentía intimidada y pequeña; a su lado se sentía vulnerable y sumisa, sabía que él se daba cuenta de la sensación que despertaba en ella y por eso se negaba a permanecer en su casa más tiempo del debido. A veces le inundaba un sentimiento de paz y alivio cuando él se marchaba de cacería durante semanas, aquellos safaris le proporcionaban a Christine cierta liberación.

El sueño le llegó plácidamente y su subconsciente desplegó toda una sucesión de imágenes pobladas con personajes de su pasado. A pesar de todo, no fueron pesadillas, más bien un muestreo, un inventario de su vida pasada, de lo que había ocurrido hacía ocho años y que había transformado su vida y su personalidad para siempre.

-¡Dios!- exclamó Christine cuando se despertó de pronto. Cogió el despertador y lo miró con horror, después lo movió de un lado a otro en un intento desesperado para conseguir que la hora que marcaba no fuera la real. Evidentemente no había sonado a su hora y si seguía en la cama llegaría tarde a la reunión.

Se levantó de un salto y corriendo se dirigió al cuarto de baño, tomó una ducha rápida, eligió una falda estrecha y una camisa blanca del vestidor y corrió nuevamente al baño para maquillarse.

-¡Maldita sea!- exclamó contrariada al percatarse de una marca rojiza en su cuello. Le fastidiaba enormemente que Markus hiciera aquello, era como si quisiera dejar constancia de su relación con ella, como marcar a su res, a su posesión. Con expresión enfadada cogió un poco de maquillaje y lo extendió sobre su cuello para intentar disimular la marca de los dientes de Markus. Antes de salir corriendo llamó al conserje para que le pidiera un taxi.

Respiró aliviada cuando el automóvil arrancó hacia la dirección indicada. Su móvil sonó en ese momento y antes de que el interlocutor pudiera hablar, ella se excusó.

-Ya sé que llego tarde, Charlotte. Estaré allí en diez minutos.

Colgó el teléfono con fastidio, normalmente era extremadamente responsable y nunca llegaba tarde a reuniones de trabajo, no le gustaba que la reprendieran, incluso aunque ella misma fuera la presidenta y accionista mayoritaria de la empresa cosmética F&S.

El edificio de cristal y acero que se erigía en Manhattan, cerca de Wall Street, apenas recordaba ya al antiguo de Alkimax perteneciente a la empresa farmacéutica de su padre, John Foundling. Tan solo había conservado aquel cuadro de Caspar David Friedrich que antaño presidía el despacho del presidente y que representaba una curiosa y macabra escena de un cementerio nevado. Ahora, y tras un laborioso trabajo de lavado de imagen, Alkimax se había reconvertido en una floreciente empresa cosmética: F&S.

Se había intentado, después del escándalo sobre la fórmula química desarrollada para conseguir unos neurotransmisores especiales que actuaran como regeneradores de células, que la nueva

empresa no fuera identificada con Alkimax, aunque su relación química era evidente. Tan solo había sido un “arreglo cosmético”, un cambio estratégico para no perder las relaciones y el dinero que generaba. F&S se levantaba sobre los cimientos de Alkimax y aunque la nueva empresa no podía compararse al imperio creado por el padre de Christine, sí estaba en proceso de tener un importante relieve empresarial.

Cuando la joven llegó a la planta principal se dirigió rápidamente a la sala de reuniones. Allí estaban todos ya, ella no dijo nada, tan solo murmuró una excusa y se sentó en la cabecera de la mesa.

-Bien, ahora que ya estamos todos, podemos comenzar- dijo uno de los consejeros abriendo su portafolios- El gráfico de crecimiento de beneficios es progresivo, la última campaña de publicidad ha sido muy buena- El resto de los asistentes a la reunión abrieron sus respectivas carpetas.

-Aunque no tanto como la anterior- intervino una hermosa mujer de cabello negro y labios rojos como la sangre que cruzaba sus bien torneadas piernas mientras hablaba.

Una secretaria entró en la sala portando una bandeja con varias tazas de café y botellas de agua.

-Bueno... es cierto- comenzó a decir uno de los directivos tras carraspear- No se puede decir que las cosas vayan mal, pero es cierto que los beneficios no han aumentado tanto como esperábamos.

-Estamos estancados- sentenció Christine tras consultar los gráficos con el ceño fruncido y tirando despectivamente el informe sobre la mesa- las expectativas se han cumplido por los pelos y los beneficios crecen muy lentamente.

Todas las miradas se centraron en ella, en especial la de Markus que sonreía beatíficamente mientras la escuchaba. Abrió una de las botellas de agua y vertió su contenido en el vaso dando después un largo trago, normalmente no solía hablar en aquellas reuniones, él solo era uno de los consejeros, cierto que con bastante poder y como todos pensaban, el verdadero artífice de F&S, pero aún así, prefería que fuera Christine la que diera la cara, al fin y al cabo era la presidenta. De ser una jovencita asustada, indecisa y tímida se había convertido en una gran mujer de negocios, un tiburón de las finanzas, y ello, en gran medida se debía a él.

-Necesitamos expansión- continuó ella.

-Bien... ¿Pensilvania, Massachusetts?- insinuó otro directivo no demasiado convencido.

-Europa- dijo ella tranquilamente mientras observaba el rostro de sorpresa de los asistentes a la reunión.

-¡Europa!- exclamó con embeleso Charlotte, la mujer de cabello negro y labios rojos.

-¿Europa?, ¡Eso es una locura!- exclamó el consejero Cooper, un hombre de mediana edad de aspecto serio y formal. Sonrió condescendentemente pensando que la joven no sabía lo que decía.

La mirada de la joven fulminó al hombre. Se había dado cuenta perfectamente de lo que implicaba aquella mirada y aquella sonrisa: probablemente la consideraba una estúpida, una niña de papá que jugaba con la empresa según sus caprichos. Eso era algo que detestaba.

-No es ninguna locura, Steven- dijo con severidad- Si consiguiéramos llegar al mercado europeo ganaríamos prestigio, no olvidemos que Europa es sinónimo de elegancia y tradición, de igual modo que Estados Unidos es sinónimo de vanguardia y modernidad. Debemos aunar ambos conceptos. ¿Qué es lo que queremos?, ¿seguir fabricando productos cosméticos de bajo coste para adolescentes, o una línea elegante y cuidada de una potente marca?- preguntó observándoles con sus ojos azul oscuro.

La sala de reuniones quedó totalmente en silencio mientras los directivos y consejeros meditaban sobre las palabras de Christine.

-La línea juvenil ha tenido bastante éxito- se atrevió a decir uno de los consejeros.

-Sí, pero no quiero que F&S sea conocida únicamente por encontrarse en grandes almacenes y a un precio asequible. Quiero una línea lujosa y elegante, quiero que las mujeres sean capaces de empeñarse por un rouge de labios o que tengan que dudar entre comprar unos zapatos o una laca de uñas de F&S, ¡quiero glamour y Europa lo tiene!

Aquella idea no era descabellada, pero si un tanto arriesgada. Dar el salto al viejo continente supondría una importante inversión. Era empezar de la nada; F&S tenía muy buena reputación en el estado de Nueva York, hubiera sido más fácil expandirse a estados adyacentes pero no hubiera sido tan importante. Si la idea de Christine funcionaba, sería un bombazo, si no, se hundirían.

-Aún así- prosiguió Steven Cooper que dudaba de que aquel proyecto tuviera éxito- necesitaríamos demasiado dinero, no disponemos del suficiente efectivo...- dijo enumerando los problemas.

-Entonces tendremos que vender algo o hacer algún recorte presupuestario- le interrumpió Christine cruzando las manos y mirando fijamente al consejero en actitud retadora.

-No lo veo claro- insistió el hombre sin dejarse amedrentar por la mirada azul intensa de la joven- Deberíamos votar.

Aquello era un importante inconveniente.

-No hay nada que votar, es mi decisión. Mañana mismo quiero un informe económico, quiero saber de qué efectivo disponemos y de qué podemos prescindir- dijo Christine cerrando la carpeta y dando por concluida la reunión a la par que se levantaba.

-Aunque se apruebe por mayoría, aún tendría que pasar por la comisión financiera- advirtió Steven. Aquella era una clara amenaza.

-¿Estás retándome?- preguntó Christine con ira. Sus ojos chispeaban y su voz era fría- La comisión aceptará mi idea- dijo marcando las palabras.

Steven salió de la sala con las mandíbulas apretadas y se dirigió a su despacho. La reunión había sido muy tensa, estaba harto de la actitud déspota de Christine que era fomentada por Markus y por Charlotte. Nadie se atrevía a discutir y aunque reconocía que la idea de Europa era buena, seguía pensando que era sumamente arriesgada. Tenían beneficios suficientes, tan solo había que incrementar las ventas con una buena campaña publicitaria y un par de detalles más, eso era suficiente. La locura de saltar al otro lado del océano le parecía excesiva, él hubiera preferido un crecimiento más sostenido, sin riesgos. No estaba de acuerdo con aquello y aún le quedaba una baza: podía vetar cualquier decisión a nivel económico que se produjera, y Christine lo sabía.

Aún quedaban consejeros en la sala de juntas. De manera informal, de pie, comentaban algunos detalles y la bronca entre Steven Cooper y la presidenta. Christine escuchaba atenta a uno de los directores que le explicaba algunos puntos del gráfico que no habían quedado claros; ella asentía mientras se apartaba el pelo.

Markus no pudo evitar una sonrisa al observar la casi oculta marca de sus dientes en el cuello de la joven, Christine se dio cuenta de su sonrisa y frunció el ceño, no le gustaba sentirse posesión de nadie. A Charlotte no le pasó desapercibido aquel gesto; hacía mucho que Markus y ella habían dejado de ser amantes pero aún así sentía un cierto punto de amargura, su amor propio sufría. El que Markus la hubiera abandonado como amante no quería decir ni mucho menos que ya no fuera joven o hermosa; al contrario, cada día que pasaba lucía más bella: su cabello negro y brillante era fuerte y vigoroso, su cutis níveo no tenía ni una sola mácula y su figura era espléndida, podía sentir las miradas de deseo por doquier y eso alimentaba su ego. Sabía perfectamente cómo se había urdido aquella relación y no podía dejar de admitir que Markus era inteligente, maquiavélico y manipulador.

-Te ha encantado la idea de Europa, ¿verdad?- le preguntó él sacándola de sus pensamientos- He visto tu mirada de alegría.

-Hace mucho tiempo que estuve allí, no me importaría volver- aseguró ella con su sonrisa más seductora. A pesar de todo le seguía encantando aquel juego suyo de saber que podía conseguir a cualquier hombre cuando quisiera. Markus la contempló con deleite, aún recordaba la suavidad de su piel y tenerla de nuevo entre sus brazos sería muy agradable. En cuanto Charlotte comprobó que Markus aún la encontraba deseable dejó de coquetear.

Christine se acercó a ellos.

-Quiero que Cooper se marche- anunció casi con un susurro mientras miraba a su alrededor.

-¿Qué se marche a dónde?- preguntó Charlotte sin comprender.

-No quiero verle en la empresa, ¡despídalo Markus!- dijo decidida.

-Eso sería muy caro, Steven no es un simple empleado, su indemnización sería muy cuantiosa y tiene un paquete de acciones. No podemos permitirnos un gasto de ese tipo, además es probable que nos demande por despido improcedente.

-Estoy harta de que me lleve la contraria. Se opone a todo lo que yo digo, ¡me desautoriza!- se quejó como una niña malcriada.

-Bueno, tan solo protege los intereses de la empresa, era uno de los consejeros de tu padre, quizás por eso es demasiado cauto y previsor, querrá perpetuar la empresa sin ponerla en riesgo. No sería buena idea despedirle- argumentó Charlotte.

-¿Entonces qué podemos hacer? Sabes que vetará la propuesta en la junta económica. Sabe que cualquier decisión tiene que ser aprobada por unanimidad y él tiene derecho a veto.

-La idea de la expansión a Europa es buena, tiene que salir adelante- dijo Markus con un brillo pensativo en sus ojos transparentes.

-Claro que es buena, al fin y al cabo fue idea tuya- dijo Christine esbozando una sonrisa.

Charlotte se echó a reír, debía haberlo imaginado. Markus era tan astuto como para no proponer él directamente aquella idea. Sabía que muchos de los consejeros le consideraban el verdadero

dueño de F&S aunque tan solo apareciera como consejero delegado, y probablemente no hubieran aceptado aquella idea sabiendo que era suya.

-Bueno, pero a ti también te lo pareció, ¿no?- preguntó él.

Formaban los tres un buen tandem, el resto del consejo actuaba como mera comparsa y sabían que era inútil oponerse a sus decisiones, aunque también tenían que reconocer que en la mayoría de los casos eran bastante acertadas. El único que osaba pronunciarse era Steven y quizás esa oposición estuviera forjando su destino.

-¿Entonces qué hacemos con Steven?- insistió Christine que no quería que sus planes se estropearan.

-Déjame a mí- contestó Markus enigmáticamente- Es una pena que no le guste cazar, podría organizarle un safari por Sudáfrica, pero quizás un país centroamericano esté bien- añadió con su característica sonrisa maliciosa.

Christine dio el asunto por zanjado, confiaba plenamente en el buen hacer de su mentor y estaba segura que él encontraría la solución adecuada. Se fue al baño a refrescarse y se contempló en el espejo, apartó el cabello y con su polvera comenzó a retocarse la marca que tenía en el cuello. En ese instante entró Charlotte que enarcó una ceja al verla.

-Deberías ponerte algo en esas marcas, no queda demasiado bien que los consejeros te vean de esa manera, pierdes prestigio- dijo sin aparente interés mientras se retocaba los labios.

La joven no contestó, se limitó a cerrar la polvera y a colocarse nuevamente el cabello de manera que ocultara aquella marca que la avergonzaba.

-Te espero fuera- le dijo la condesa.

El espejo le devolvió a Christine el reflejo de sus ojos azul oscuro mirando con intensidad. A veces le parecía imposible haber llegado a donde estaba. No sabía cómo ni en qué momento había llegado a convertirse en la amante de Markus. Cuando murió su padre se quedó completamente sola, una adolescente de diecisiete años que se le había venido el mundo encima; el peso de la ley había caído con toda su furia sobre el inmenso imperio de su padre, no había nadie a quien acudir, todos huyeron como ratas que abandonan el barco que se hunde, sólo Markus y Charlotte se ocuparon de ella. El hombre del cabello casi blanco y los ojos transparentes la protegió y aconsejó. Gracias a él y a Paul, el abogado de su padre, consiguieron que no se arruinara y conservar parte del patrimonio mediante complicadas acciones de ingeniería económica que escaparon al control de la policía. A Paul le debía mucho también, se había ocupado de proteger el nombre de su padre en la medida de lo posible y había pagado aquello con la cárcel, en cuanto a Markus... primero fue como un padre para ella, después descubrió a un hombre inteligente y pasional en todo lo que hacía, le admiraba, y de la admiración pasó a la veneración y la atracción, y un día, sin saber cómo, ocurrió. A veces se sentía extraña, como si lo que hacía no fuera adecuado o decente, pero por otra parte se sentía bien con Markus, bien y segura. Ambos compartían las mismas fobias y filias, él sabía lo que pensaba y cómo era, cuales eran sus defectos y sus virtudes. Sus escrutadores ojos transparentes la taladraban hasta llegar a su cerebro, en esas ocasiones su expresión le producía un cierto temor pero él se daba cuenta y al instante cambiaba su actitud. En él había descubierto al padre, al confidente, al amante y al compañero en su venganza.

-Está decidida- le dijo Markus a Charlotte en voz baja cuando ésta volvió del baño.

-¿Seguro?- preguntó ella indecisa- ¿No será demasiado pronto?

-Para nada.

-Ya, seguro que te has encargado tú mismo de eso, ¿no es cierto?- Charlotte sabía el poder que tenía el hombre sobre Christine.

-Por supuesto. Su venganza es también la nuestra, Charlotte.

-¿Por qué no lo dejas estar?- preguntó ella hastiada buscando algo en su bolso.

-¿Qué lo deje estar?- preguntó él asombrado mientras la tomaba por un brazo y la llevaba hacia un rincón más apartado- ¿es que tú no quieres lo mismo?

-Creo que ya ha pasado tiempo de todo aquello- contestó ella soltándose enérgicamente de su mano- Tú conseguiste tus planes, rompiste La Comunidad y mataste a la hermana Ángela para renovar tus votos con Satán, ¿qué más quieres?

-Quiero acabar con Ludwig- dijo con una expresión de odio en sus ojos.

-Ya sabes que desapareció, quizás haya muerto... -aventuró la hermosa mujer mientras apartaba la vista.

-Huyó como un cobarde y sabes que no murió, un vampiro no muere, ¿verdad que no, Charlotte?- la miró atentamente durante unos segundos- ¿Cuánto tiempo hace que no te alimentas de sangre fresca?-preguntó de forma capciosa.

-¿A qué viene eso ahora?- respondió ella con extrañeza y un cierto tono ofendido.

-Porque creo que quizás puedas darte un festín dentro de poco- dijo mientras seguía con la mirada a Steven que salía de su despacho en ese momento y se dirigía al ascensor.

El ejecutivo le devolvió la mirada, era un hombre terco y sabía que Christine tan solo era una figura decorativa en manos de Markus, no hacía nada sin su consejo. Siempre le había extrañado la forma en que el promotor y constructor se había implicado en la transformación de la antigua Alkimax en la nueva empresa F&S de cosméticos. En los tiempos del presidente Foundling no recordaba que el señor Schultz figurara entre los asociados del difunto Foundling, tampoco tenía conocimiento de que la amistad entre ellos fuera tan estrecha como para cobijar bajo sus alas a la joven Christine, era algo que nunca entendería. Después del escándalo de Alkimax y la muerte del presidente, la empresa sufrió un importante golpe de timón para evitar el desastre y la ruina, no dudaba de que las relaciones de políticos y empresarios con la empresa farmacéutica hubieran ayudado a que la debacle del imperio Foundling fuera más publicitaria que real, nadie quería verse relacionado o implicado en aquel escándalo. La farmacéutica había soportado estoicamente el escarmiento público de ver su patrimonio más o menos comprometido, aunque Markus y Paul habían sido lo suficientemente rápidos para eliminar pruebas y ocultar propiedades, salvando gran cantidad de efectivo de manera que aún quedara el suficiente potencial para empezar de nuevo. Durante aquella época, Steven había observado los tejemajenes sin prestar demasiada atención pues aplaudía aquello, hubiera sido un loco si no lo hubiera aprobado, pero ocho años después no entendía por qué Markus seguía manipulando una empresa que en comparación con las suyas era un juguete. En cuanto a la condesa Szlavovicz... no sabía muy bien qué pintaba allí, antes era conocida por sus Fundaciones benéficas y sus negocios de arte pero hacía tiempo que permanecía en la sombra; en círculos cerrados se hablaba de su implicación en el escándalo de

Alkimax y en ciertos grupos o sectas, pero esto era una especie de leyenda urbana. La rumorología de la ciudad había demonizado a todos los personajes con un mínimo de implicación en aquel asunto. Aún así, Charlotte era su punto débil, era tan hermosa, tan sensual... hubiera perdido todo su raciocinio por una simple cena con aquella mujer. Suspiró intentando apartar aquel pensamiento, era una mujer muy hermosa pero intuía que también muy peligrosa.

Lo cierto es que ahora entre los dos manejaban F&S y todos se plegaban a sus órdenes, todos menos él y estaba dispuesto a hacer uso de su veto en el consejo económico del siguiente viernes. La idea de Europa no estaba mal pero era demasiado ambiciosa, F&S había tardado tiempo en consolidarse en el mercado, ahora era momento de invertir en una campaña publicitaria agresiva y quizás asociarse con otro grupo de similares características, lo de Europa ya llegaría más adelante, para aquello necesitaban más tiempo y dinero. Bajó en el ascensor hasta el parking, sus pasos resonaban mientras se acercaba a su coche. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando oyó que alguien le llamaba.

-¡Steven!- gritó una voz que se acercaba a él.

Abrió la portezuela y miró. Sonrió al reconocer a Markus, probablemente había bajado tras él. Sabía lo que iba a decirle y esperó sin demasiado interés.

-¿Sí?

-Escucha, tenemos que hablar sobre la reunión.

-Ya..., lo imaginaba. No sé de qué quieres que hablemos, la "presidenta" ya ha dejado bien clara su posición- dijo con un tono irónico.

Un coche pasó cerca de ellos iluminándolos con sus faros.

-Sí, es cierto, esa es la decisión pero sé que tú no estás conforme- dijo Markus apoyándose en la parte de la ventanilla- ¿Vas a vetar la decisión en la reunión del viernes?- preguntó claramente.

Steven le miró sin contestar, Markus iba directo al grano.

-Sé que Christine es joven e impulsiva pero su idea es buena- expuso Markus.

-¿Su idea?- preguntó con sorna Steven.

Markus fingió no darse cuenta de la ironía.

-Ella no ha sabido plantear bien la estrategia pero te aseguro que es buena- insistió- Me gustaría discutir contigo los detalles y hacerte una exposición clara antes de que tomes una decisión.

-¿Por qué no lo ha hecho ella hoy? Podía haberlo explicado de manera que todos lo entenderíamos. Se ha limitado a soltar la bomba con prepotencia- se quejó Steven que en su interior se sentía un tanto relegado y le fastidiaba que le trataran como un pelele.

-Bueno... es orgullosa y siempre está a la defensiva. Piensa que se cuestionan sus decisiones simplemente porque es demasiado joven y no se la toma en serio, por eso a veces se muestra tan... altiva- corroboró Markus observando con interés la expresión de Steven.

Aquello parecía tener sentido, Steven se acariciaba el mentón pensativo. Markus había conseguido astutamente atraer al consejero a su terreno mostrándose conciliador.

-Me gustaría poder hablar tranquila y relajadamente sobre esto sin la presión de la junta ni de Christine, solos tú, yo y Charlotte, al fin y al cabo los tres somos los pilares fundamentales de esta empresa, ¿no?- Markus sabía jugar muy bien sus cartas, sabía exactamente qué palabra utilizar en cada momento. Había halagado a Steven con la ilusión de un posible pacto de los tres poderes, además había jugado con la presencia de Charlotte en la reunión, no le había pasado desapercibido el brillo de sus ojos cuando miraba a la condesa- En su apartamento, mañana a las siete- añadió mientras cerraba la puerta del coche de Steven dando por ganada su pequeña artimaña.

El consejero afirmó con la cabeza. No tenía nada que perder por escuchar lo que Markus y Charlotte querían explicarle, tampoco tenía ningún inconveniente en cambiar su voto si la propuesta de Europa le convenía lo suficientemente.

-No entiendo por qué le has citado aquí- se quejó Charlotte contrariada mientras observaba a Markus preparar un cocktail. La noche había caído ya y las luces de Manhattan brillaban con intensidad convirtiendo la ciudad en una sala de fiestas.

-Pues deberías estar agradecida- contestó él mientras buscaba la botella de ginebra- Si viene aquí tendremos una coartada perfecta, le verán entrar y le verán salir. No te preocupes por nada, todo saldrá a la perfección- no parecía en absoluto nervioso, en ese momento lo más importante era medir la cantidad exacta de ginebra que tenía que añadir a las copas.

-Eso espero...

La conversación se cortó cuando una llamada del portero del hotel Crowne donde vivía Charlotte avisó de la inminente llegada del señor Steven Cooper.

Markus abrió la puerta con celeridad e invitó a pasar al consejero que sonrió con cordialidad.

-Bien Steven, me alegro de que hayas venido- dijo cerrando la puerta tras él.

-Hola Steven- saludó la condesa con fingida alegría- ¿Qué quieres beber?

-Pues... un whisky con hielo- pidió Steven poniendo su maletín en una butaca- Me gustaría que me contarais como pensáis afrontar el tema de la expansión...- echó un rápido vistazo al apartamento, era lujoso y confortable, se correspondía exactamente a la personalidad de Charlotte.

-Por favor...- dijo Charlotte acercándose como una gata a él- ¿Es necesario que hablemos de eso ahora mismo? Markus me dijo que sería una conversación distendida. Ven, siéntate- dijo tomándole de la mano y dirigiéndose al sofá. Había escogido un vestido granate que acentuaba la blancura de su piel, además de un pronunciado escote en pico que dejaba entrever sugerentemente el inicio de sus senos- Markus preparará la bebida.

Steven no era un iluso, en un primer momento había pensado que, efectivamente, Markus le consideraba un igual pero ahora estaba convencido de que su presencia allí correspondía a una estrategia pensada de antemano y le ofendía aquella actitud de Charlotte, ¿de verdad pensaban que con una caída de ojos y unas sonrisas seductoras podrían hacerle cambiar de opinión?

Realmente no podía negar que Charlotte era una auténtica belleza pero por suerte él seguía manteniendo la cabeza fría.

-En realidad tengo un poco de prisa, me gustaría zanjar este asunto lo antes posible. Quiero saber si es viable que F&S salte al viejo continente. Si no me dais datos convincentes me temo que el viernes vetaré la propuesta- sentenció con dureza.

La condesa y Markus se miraron de reojo, no iba a resultar tan fácil como ellos pensaban.

-¿Y bien?- insistió mientras aceptaba la copa que Markus le ofrecía.

-No hay mucho que contar. Tú sabes que existen cuentas en paraísos fiscales, disponemos de más dinero del que consta en la contabilidad general.

-Por supuesto, pero ese dinero no se puede tocar, es un colchón por lo que pueda suceder en el futuro. Si metemos la mano ahí, F&S se quedará sin nada. Además- dijo tras saborear el exquisito whisky irlandés- No podemos financiar la expansión con dinero negro, podría levantar sospechas y la fiscalía investigaría las cuentas.

-No sería la primera vez- dijo Charlotte sin excesivo interés por la conversación. Estaba nerviosa y ansiosa, necesitaba refrescarse la nuca. Si aquello se alargaba demasiado no podría resistirlo. Observó a Steven mientras hablaba, estaba de perfil a ella y podía observar su cuello, su arteria palpitaba y ella tuvo que clavar las uñas en el sillón para poder contenerse. Se levantó y comenzó a caminar por el saloncito para intentar calmarse.

-Claro que no sería la primera vez que investigan las cuentas, pero el dinero que tenemos en las Caimán no consta en ningún sitio y todas las operaciones están justificadas, pero algo como lo de Europa haría sospechar. No estoy de acuerdo.

-¡Maldita sea, Steven!- exclamó Markus- Tan solo será una mera transacción económica a través de otras empresas. No vamos a trasladar la sede ni nada así, todo seguirá igual, tan solo hablamos de una buena promoción para introducir la marca. Necesitamos tu apoyo, y tu voto.

Ambos hombres se miraron fijamente durante unos instantes. Steven se levantó dando por concluida la reunión.

-Creo que es demasiado riesgo. En vez de Europa pensad en los estados cercanos a Nueva York, entonces si que daré mi aprobación- dijo con actitud hermética mientras agitaba cuidadosamente el vaso de whisky.

Markus le retuvo por el brazo.

-Si no contamos contigo tenemos un problema.

-¿A qué te refieres?- preguntó Steven.

Markus soltó el brazo de Steven y se dirigió a la mesa. Sobre ella había una carpeta de piel verde que el hombre abrió y de la que sacó un documento de varias páginas que le acercó a Steven- Tendrás que firmar esto- dijo seriamente Markus.

-¿Qué es esto?- preguntó extrañado tomando el documento en sus manos.

-Tu dimisión.

-¿Cómo?- preguntó incrédulo mientras lo leía rápidamente- No firmaré eso- aseguró con una sonrisa tras unos segundos- No podrás obligarme.

-¿Estás seguro de eso?- preguntó con una sonrisa.

A la espalda de Steven se había situado Charlotte cuyo rostro se había afilado, los pómulos estaban más marcados y los ojos inyectados en sangre. Con un rápido movimiento saltó sobre él, le clavó los afilados colmillos en el cuello y comenzó a succionar su sangre. El hombre gritó e intentó zafarse de ella pero era imposible. Markus seguía hablando.

-Tienes poco tiempo. Si firmas, Charlotte parará, pero si no lo haces... seguirá hasta que no te quede ni una sola gota de sangre.

Steven estaba pálido de horror, sentía dolor y pánico, se estaba quedando sin fuerzas. Sentía los colmillos de Charlotte hundiéndose con fuerza absorbiéndole la vida. Alargó el brazo con un desesperado gesto de aceptación y con mano temblorosa firmó el documento mientras la vampiro seguía mordiéndole. Markus detuvo a la condesa. Le costó conseguir desprenderla del cuello de Steven pero cuando lo hizo, este cayó desplomado en el suelo, se palpó la herida abierta de la que aún manaba sangre.

-¡Estáis locos!- gritó horrorizado contemplando como Charlotte se relajaba. Su aspecto se había transformado, era un animal salvaje que siseaba como una serpiente- ¿Pero qué eres?- preguntó con asco.

-Es un vampiro amigo mío- contestó Markus con tranquilidad mientras se guardaba el documento en el bolsillo- Ahora creo que es mejor que te marches de aquí, y tápate esa herida, no queremos que sangres más- dijo burlonamente.

El consejero salió apresuradamente, tan rápido como sus fuerzas se lo permitían. Se apretaba el cuello con un pañuelo y con la otra pulsaba nervioso el botón llamando al ascensor. Cuando llegó al vestíbulo pasó por delante del portero que le miró con extrañeza.

-¿Desea el señor un taxi?

-No, muchas gracias- respondió. Quería salir de allí lo antes posible. Tenía que llegar a un hospital, o a la policía.

Salió del hotel dando trompicones, se apartó el pañuelo y vio que estaba empapado de sangre pero de momento había conseguido detener la hemorragia, bien, podía llegar hasta su coche y conducir hasta el hospital más cercano, desde allí llamaría a la policía.

No tuvo tiempo de hacer nada de lo que había pensado. Cuando se puso al volante de su coche, un hombre le abordó y se acomodó en el asiento del copiloto.

-¿Pero qué...?- preguntó con estupor pero se interrumpió al ver el revolver que le apuntaba, después se dio cuenta de que se trataba de Karl, el guardaespaldas de Markus.

-Conduzca.

-¿A dónde?- preguntó con temor.

-Ya lo sabrá.

Steven tragó saliva mientras ponía en marcha el coche. Siguiendo las indicaciones de Karl se dirigió a una zona de Manhattan en la que estaban construyendo varios edificios. Supo que su destino estaba trazado y maldijo en silencio el momento en que se le ocurrió oponerse a los deseos de la joven Christine Foundling Scott.

Mientras el coche se perdía el maremagnum de tráfico de Manhattan, en la suite del Hotel Crowne, Markus y Charlotte mantenían una discusión.

-¿Por qué no me has dejado terminar?- preguntaba furiosa Charlotte en su apartamento.

-Porque tenía que salir vivo de aquí, ¿es que no lo entiendes?- explicó Markus mientras la sujetaba por las muñecas.

A la condesa casi se le saltaban las lágrimas de impotencia, era como una niña a la que no le han dejado terminarse el postre.

-¡Cálmate, Charlotte!- exclamó Markus enfadado. Detestaba la dependencia de Charlotte en la medida que la hacía débil.

La mujer intentó rehacerse.

-¡Tú no sabes lo que es esto!- sollozó.

-Te entiendo pero era necesario- dijo comprensivamente- Dentro de poco tendrás toda la sangre que quieras para satisfacerte, incluso la de Ludwig, si quieres- añadió con intención.

La mujer dio un respingo.

-¿Le has encontrado ya?- preguntó con una mezcla de alegría y temor.

-No, pero es fácil, solo tengo que encontrar a Rebeka o a Alex, lo demás vendrá rodado.

-¿A Alex? Nunca entendí qué interés podía tener Ludwig en ese joven, simplemente era un amigo de Rebeka- preguntó un poco más calmada.

-¿No lo adivinaste?- preguntó él con una sonrisa de satisfacción.

Ante la mirada interrogante de la vampiresa, el satánico siguió hablando.

-Alex es el último de sus descendientes. A mí también me extrañaba pero investigué a su familia cuando desaparecieron y no me costó trabajo llegar a la verdad- dijo con voz triunfal.

-¿Su último descendiente?, ¿De él y Anabel?- preguntó con un estremecimiento- No me lo dijo...- añadió con tristeza.

A Markus no le pasó desapercibido el suspiro nostálgico de la condesa y soltó una carcajada.

-No me puedo creer que aún estés enamorada de él, ¡es increíble!- dijo mirándola con estupor mientras Charlotte se dejaba caer en el sofá.

-Tú no lo entenderías- dijo con desprecio y mal humor apoyando la barbilla en su mano.

-Es cierto, no lo entiendo ni lo entenderé nunca. Ludwig nunca te ha amado ni te amará nunca, y menos después de engañarle, traicionarle y ayudarme a matar a la mujer que amaba, ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza?- aseguró Markus mientras se servía otro cocktail.

Charlotte no quería escuchar la verdad, bastante bien sabía ella que Ludwig no la amaría nunca y si antes podía considerarse amiga suya, estaba claro que ahora podría darse por contenta si no acababa con ella cuando se encontraran, si esto llegaba a ser posible alguna vez.

-¿Tú no me habrás ocultado estos ocho años donde se encuentra, verdad?- preguntó Markus con cierta duda mientras le ofrecía un Bloody Mary.

-No, no tengo ni idea- respondió con la mirada perdida- Markus, necesito estar sola.

-¿Quieres que me vaya?- preguntó extrañado clavando en ella sus ojos transparentes.

-Si, por favor.

-Creía que podríamos celebrar juntos que nuestros planes de Europa van viento en popa después de habernos quitado a Steven de en medio- dijo él aproximándose a Charlotte y acariciando sus

hombros. Había pensado que podían recordar los viejos tiempos y pasar la noche juntos pero Charlotte se apartó de él.

-Creo que probablemente Christine será mejor compañía que yo- dijo secamente.

-¿Estás celosa?- preguntó divertido- No tienes por qué- susurró haciendo caso omiso de los deseos de la vampiresa mientras la rodeaba con sus brazos- Cada una tenéis un lugar en mi corazón- dijo irónicamente.

Esta vez le tocó reír a Charlotte.

-¿En tu corazón?, ¡por favor, Markus! El hombre que quiere entregar el mundo a Satán no tiene corazón. Corre a encontrarte con tu pequeña pelirroja, pero ten cuidado, estás criando a un cuervo que puede que algún día te saque los ojos- aseguró de forma premonitoria.

-Si llega ese momento sabré defenderme- dijo dirigiéndose a la puerta con media sonrisa.

Solo cuando estuvo de camino al ascensor su rostro cambió, no le gustaba que le rechazaran y que él recordara era la segunda mujer que lo hacía, la primera había sido Elizabeth. Al recordarla, su pecho se llenó de odio, ¡tenía que encontrarlos a todos! Ahora que Christine se había decidido por fin, tenía el campo libre para fraguar sus planes con la conveniente ayuda de la joven. Lo había estado planeando desde hacía casi ocho años, prácticamente desde el siguiente día en que desaparecieron, lo tenía todo pensado, sabía qué pasos debía dar y en qué orden. Había disfrutado enormemente pensando una y otra vez lo que haría con cada uno de ellos, el fin que tenía previsto para todos: para Rebeka, Alex, Erick, Elizabeth y sobre todo Ludwig. Paladeaba su venganza como si fuera un marron glacé. Llamó a Karl, su hombre de confianza.

-¿Ha salido todo bien?

-Perfectamente- contestó el hombre con su parquedad de palabras habitual. Eso era lo que más le gustaba a Markus, que era fiel, callado y totalmente efectivo.

-Bien. Voy a darte una lista de nombres, quiero que los hagas desaparecer. No será fácil, eso te lo digo desde ahora mismo, pero confío en ti para darles caza y acabar con ellos. Utiliza los medios y la gente que necesites. No repares en gastos, ¿entendido?

-Por supuesto- Karl apuntó los nombres en su libreta con el rostro impasible según Markus se los iba dictando. No eran demasiados, solo seis nombres. Al escuchar el último nombre se detuvo en actitud extrañada. Para él no había problema pero le resultaba un tanto incomprensible. Markus debió sentir la duda en su hombre de confianza.

-No hagas nada con el último nombre hasta que yo te lo indique, quizás lo haga incluso yo mismo.

Todo lo que Markus deseaba, él lo cumplía- ¿Para cuando lo quiere?

-Lo antes posible, pero quiero que seas sumamente discreto.

-No se preocupe.

La conversación terminó ahí. Karl ya se había ocupado de Steven, ahora pondría a sus hombres a trabajar en los nombres de aquella lista.

Cuando Markus se hubo ido, Charlotte comenzó a beber a pequeños sorbos el Bloody Mary que el satánico le había preparado. Estaba frente a la cristalera de su suite privada del Crowne. Tenía la mirada ausente y la mente muy lejos. Llevaba ocho años viviendo en el pasado, en aquel momento en que Markus renovaba sus votos con Satán en la iglesia de Santa María con la sangre

de la hermana Ángela. Recordaba con malsano detalle el gesto de sufrimiento de Ludwig al ver a la joven morir a manos de Markus, cómo su amor se había hecho patente y la humillación que ella misma había experimentado. Ella le había dado la vida a Ludwig, le había rescatado de las garras de la muerte convirtiéndole en vampiro hacía años, pero él nunca se lo había agradecido como a ella le hubiera gustado. Nunca había sido su amante a pesar de que ella lo deseara con enloquecida necesidad, no sabía si era amor o simplemente capricho pero nunca se lo había podido quitar de su mente ni de su corazón. Ella le había traicionado al verse rechazada y menospreciada y sabía que él la odiaría por toda la eternidad.

Aún podía ver su rostro de asco cuando ella le pidió ayuda al desplomarse el techo de la iglesia cuando Satán se manifestó y como él se negó. Eso le había dolido más que si le hubiera clavado un cuchillo. Y ahora se acababa de enterar de que aquel joven, Alex, era el último de sus descendientes. Ahora entendía su extraña preocupación por él, al igual que por aquella pequeña delincuente, Rebeka; pero en su caso sabía los motivos: era la hija de unos amigos muertos, los mismos que le ayudaron a no depender de la sangre y poder vivir con una mínima cantidad. Ludwig tenía sentimientos hacia todos menos hacia ella.

Por un tiempo llegó a compartir los deseos de venganza de Markus y Christine, pero luego comprendió que era imposible luchar contra lo que sentía, casi era mejor que las cosas continuaran como estaban. Markus había conseguido lo que quería: destrozarse La Comunidad formada por satánicos, hombres lobo, brujos y vampiros, así que ¿qué sentido tenía hurgar en la herida? Sabía que Markus no descansaría hasta encontrarlos, quería destruirlos y acabar con Ludwig porque representaba un oponente al que tenía que vencer ostentadamente y por eso había utilizado a Christine, la hija de John Foundling, o Johann Findelkind, como ella le conoció en los tiempos en que Ludwig pertenecía aún a los mortales.

Parecía increíble como todo se había ido entrelazando. El destino podía ser cruel y se mofaba del dolor ajeno. El azar había unido a los dos hombres que más odiaban a Ludwig por diferentes motivos y todo eso había sido por culpa de Elizabeth, ella había sido el catalizador para desencadenar la catástrofe, ella, la bruja perseguida por Foundling desde hacía siglos había sido la elegida para liderar el grupo de los brujos y eso había sido la gota que había colmado el vaso. Y lo más gracioso era que ella misma la había encontrado y por casualidad: era la amiga de Henry, su amante ocasional. En el momento que la conoció supo que era especial, había sentido un extraño estremecimiento al verla, sus ojos le habían transmitido un halo mágico inconfundible; ella hubiera podido reconocer a una bruja por muy oculta que estuviera, tenía un don para eso... Sonrió tristemente, aquel don nunca la había abandonado y a todos les había parecido extraño que fuera un vampiro quien encontrara a la bruja, ella sabía sus motivos, pertenecían a su pasado y no le importaban a nadie.

Markus nunca había perdonado a Ludwig y a Elizabeth que le quitaran el poder y de ahí había surgido todo. Si, la culpable de todo era Elizabeth y se merecía todo el daño que Markus pudiera infringirle. Charlotte apuró el Bloody Mary y después estrelló la copa contra la pared. Sin pensar en las consecuencias y con la aún acuciante sed de sangre se marchó a la calle en busca de una presa que saciara su necesidad de alimento. Hasta aquella noche se había procurado alimento de manera discreta, succionando con precaución a pobres desgraciados que encontraba en la calle,

sin llegar a matarlos y por esa misma razón sin llegar a satisfacerse, la sangre animal le repugnaba, así que aquella noche usaría sus encantos para atraer a una víctima satisfactoria que aplacara su instinto sangriento.

El día que se reunía la junta económica de F&S, Christine no llegó tarde, estaba nerviosa aunque Markus le había asegurado que todo estaba en orden. "Tengo una sorpresa"- le había advertido la noche anterior, pero se había negado a darle más detalles. Los demás consejeros esperaban ansiosos a que todos los miembros se reunieran en la sala, sabían que Steven utilizaría su derecho al veto para evitar la expansión a Europa y querían ver cómo reaccionaban Markus y Christine.

-Tengo una noticia que anunciar- dijo Markus a la junta- Los informes económicos han dado buenos datos y se nos ha concedido un crédito, además estoy en conversaciones para cerrar un ventajoso contrato comercial con un empresario de Tokio para importar orquídeas que economizará los gastos previstos de importación de Tailandia. Ya sabéis que esa flor es el componente fundamental para nuestro perfume estrella, además de...

-Aún no estamos todos, ¿no deberíamos esperar al consejero Cooper?- interrumpió uno de los consejeros indicando la silla vacía.

-¿Steven?- preguntó con fingida sorpresa- ¿Pero es que no sabéis nada?

Todos se miraron con estupor.

-¿Qué hay que saber?- quiso saber Christine que compartía la misma sorpresa que el resto de los congregados. Para aquella ocasión había escogido un traje de chaqueta que le quedaba como un guante y le infundía un cierto halo de respeto.

-Steven Cooper ha dimitido, pensé que había enviado una copia a la junta. He recibido esta carta en la que firma su renuncia, ha vendido su paquete de acciones y lo último que se sabe de él es que ha tomado un vuelo con destino a Panamá- explicó.

-¿Cómo?

La sorpresa fue general, todos se levantaron de sus sitios para comprobar por ellos mismos la carta en la que Steven Cooper daba por concluida su trayectoria como consejero de F&S.

-¡Es inaudito!- exclamó uno de ellos- ¡Precisamente ahora!

Muchos eran los que intuían que Markus podría tener algo que ver en aquella decisión tan precipitada, quizás le había "persuadido" para marcharse de la empresa, pero lo que no podían imaginar hasta qué grado de "persuasión" era capaz de llegar.

-Si preguntáis mi opinión- dijo con gesto de preocupación- creo que es una maniobra, seguramente le veremos dentro de un par de meses en alguna empresa de la competencia.

-No creo que Steven hiciera algo así, sentía mucho aprecio por F&S- murmuró uno de ellos.

-En cualquier caso, eso es algo que ya no interesa- dijo Christine con evidente satisfacción- Ahora señores, pongámonos manos a la obra.

Estaba feliz, realmente Markus era capaz de solucionar cualquier problema y por eso le admiraba tanto, no sabía cómo había convencido a Steven para que abandonara la empresa, pero lo cierto era que aquello había resultado providencial. Ahora podrían realizar sus planes sin las continuas zancadillas del consejero.

-Eres genial, Markus- le halagó ella durante el descanso de la reunión.

-¿Si? Bueno... hay algo que te gustará más aún- dijo él con una leve sonrisa.

-¿El qué?

-No sé por dónde empezar- dijo enigmáticamente clavando sus ojos transparentes en los azul oscuro de la joven que los abrió desmesuradamente.

-Los he encontrado- dijo por fin.

-¿Dónde?- preguntó con ansiedad.

-No seas impaciente- contestó divertido- Volvamos a la sala de reuniones.

Charlotte le había escuchado y antes de entrar de nuevo a la junto le oprimió el brazo.

-¿Dónde están?- preguntó con apremio.

-Tranquila...- dijo desasiéndose.

En la segunda parte de la reunión se estaba preparando la estrategia de marketing a seguir, el enfoque y las propuestas de merchandising y promoción.

-Sólo queda una cosa- dijo uno de los consejeros- ¿Por dónde atacaremos Europa?- preguntó metafóricamente aludiendo a su introducción en el mercado.

-Por Londres- anunció un Markus satisfecho y orgulloso mientras paseaba su mirada por los asistentes y se detenía especialmente en Christine y en Charlotte para contemplar la reacción a sus palabras.

Las rejas se fueron abriendo automáticamente al paso del hombre que salía del recinto. En la última de ellas había un policía que le hizo entrega de sus efectos personales, los mismos que había tenido que depositar allí ocho años antes cuando entró en la prisión de Rikers Island, en East Rivers, cerca del aeropuerto de La Guardia. No había mucho: un paquete de tabaco, una caja de cerillas, un reloj, su cartera y el móvil, poco más. Paul sonrió irónicamente, ocho años después de todo aquello sus cosas permanecían exactamente iguales y salía de la cárcel exactamente igual que cuando entró. Sacó el reloj de la bolsa de plástico y se lo puso, lo demás se lo llevó sin sacarlo de la bolsa. Era un día primaveral, soleado y alegre que parecía darle la bienvenida al mundo, ¡era libre!, libre de la cárcel pero recluso aún de su conciencia. Cerró los ojos y los volvió a abrir, quería estar seguro de que era verdad que su condena había terminado y no el sueño repetitivo de aquellos ocho años. Se despidió con un apretón de manos de algunos de los funcionarios que le habían estado vigilando todo aquel tiempo, no tenía queja de nada, todo lo que había pasado había sido por su culpa y aceptó las peleas con los otros presos y las palizas como un añadido más a su estatus de presidiario. Por fortuna no había periodistas, no hubiera soportado de nuevo la nube de fotógrafos y cámaras acosándole.

Una vez fuera de las instalaciones carcelarias miró a su alrededor y pronto descubrió un coche que le esperaba. Se acercó a él y abrió la puerta.

-Bienvenido al mundo, Paul- le saludó una voz conocida, fresca y cantarina.

-Hola Christine- respondió él sin demasiado énfasis. En sus sueños nocturnos había imaginado este día muy diferente. Fantaseaba a menudo con la idea de que Elizabeth iba a verle a la cárcel aunque sabía que aquello era imposible, pero después de abandonar aquella idea, se refugió en la ilusión de que la joven que había poblado todos sus pensamientos desde hacía años acudía, si no a recogerle a su salida, si por lo menos a dejarse ver desde una distancia prudente, como una promesa de reencontrarse. Pero eso no había ocurrido y se sentía triste y decepcionado, como si la realidad le hubiera dado un fuerte mazazo. Al mismo tiempo que recuperaba la libertad, había perdido la esperanza.

Agradeció sinceramente el detalle de Christine de ir a recogerle pues en un principio se sentía un tanto desorientado.

-¿Cómo estás?- preguntó ella observándole con atención. Ya no era aquel joven jovial, con mirada astuta, abogado y mano derecha de su padre. Los casi ocho años en la cárcel habían hecho mella

en él. No había ido nunca a verle, no había sido una buena época para ella y se sentía en el deber moral de acudir a recogerlo tras cumplir su condena.

-Bueno... -contestó él acomodándose en el coche mientras el chofer arrancaba- Supongo que bien.

-Imagino que estarás un poco aturdido, ¿no? Es normal, pero en cuanto vuelvas a la rutina te sentirás como siempre- dijo Christine en un intento de animarle.

Paul observó a la joven, la encontraba muy cambiada y no sólo por el hecho de que la última vez que la vio tenía diecisiete años y lloraba sobre su padre muerto. Ahora tenía veinticinco, se había convertido en una mujer muy hermosa pero había algo en sus ojos que él no recordaba, al principio no supo identificar lo que era pero unos minutos después se dio cuenta de que lo que había en ellos era odio y rencor.

Recorrer de nuevo la ciudad fue como visionar una vieja película. En ocho años habían cambiado algunas cosas aunque Nueva York seguía siendo bulliciosa y alegre. Contempló la bahía desde el puente de Brooklyn y la Estatua de la Libertad le saludó desde Liberty Island, Paul sonrió al darse cuenta de que Christine estaba haciendo un tour turístico por la ciudad.

-Paul... Yo te estoy enormemente agradecida por todo lo que has hecho, sé que no puedo pagarlo de ninguna manera pero... te compensaré- se excusó.

El abogado hizo un gesto para impedir que la joven continuara.

-Lo que hice no fue solo por ti, también por mí, tenía que hacerlo. No hubiera servido de nada echar la basura a tu padre, aunque hubiera sido fácil, estaba muerto.

-Tú te ocupaste de ocultar muchas cosas, e incluso desde la cárcel ayudaste a trasvasar fondos de Alkimax a F&S antes de que la policía pudiera captarlo, lo sé, y a cambio de eso cargaste con todo tú solo. Te debo mucho- dijo ella con lágrimas en los ojos.

-Christine... olvidemos el pasado. De todo aquello hace muchos años, tenemos que empezar una nueva vida- dijo con cansancio.

El rostro de la joven se volvió seco y frío de repente.

-Yo no puedo olvidar. Asesinaron a mi padre y pagarán por ello, ¡todos!- murmuró con los dientes apretados.

Continuaron el recorrido por la ciudad hasta llegar al apartamento de Paul.

-Si necesitas algo, cualquier cosa, dímelo- dijo ella cuando el abogado se despidió- Tómate los días que quieras, vete de viaje, a la vuelta tienes un puesto en F&S, quiero que estés a mi lado.

-No voy a trabajar en tu empresa, Christine- la interrumpió- Lo siento. Aún no sé lo que voy a hacer. La joven se quedó sorprendida y decepcionada. Confiaba profundamente en Paul, los hechos lo demostraban y el no contar con él le entristecía.

-Bueno... es pronto para decidir nada. Tómate tu tiempo- insistió ella negándose a admitir el rechazo.

Paul entró en el edificio de apartamentos y el portero le miró con interés y cierta desconfianza, aunque le saludó tan cortésmente como antaño. El abogado sonrió amargamente, durante el resto de su vida sería un ex convicto y no podría quitarse aquella etiqueta nunca, además, los medios

de comunicación tampoco se lo iban a permitir en cuanto se supiera su salida de la cárcel. Después del escándalo, los periodistas habían hundido sus garras ávidas de carnaza en todo aquello destripando sus vidas, pero por lo menos había conseguido sacar a Christine a flote, ella no se merecía pasar por todo aquello, bastante sufrimiento tenía ya con la muerte de su padre y saber lo que había hecho. Mientras subía en el ascensor a su apartamento se preguntaba qué le había impulsado a aquella reacción aunque sabía perfectamente que no había sido solo por salvaguardar el honor y el buen nombre de su jefe John Foundling y el futuro de su hija, lo había hecho para que la historia se quedaría allí y no se hurgara más, no quería perjudicar a Elizabeth y aunque en ocho años no había conseguido descifrar la verdadera implicación de ella en todo aquello sabía que algo extraño se ocultaba. Había rememorado una y otra vez aquel duelo en los Cloister con aquel hombre, Ludwig Markgraf; no entendía el significado de sus palabras ni la relación de aquella joven... Rebeke y su hurraño amigo Alex en todo aquel embrollo, ¿qué hacían ellos allí?

Recorrió el pasillo hasta llegar a su apartamento y abrió con sus llaves. Sonrió al darse cuenta que Christine no había dejado que cayera en el olvido, sin duda lo habían limpiado, había una cesta de frutas y cuando abrió la nevera la encontró bien surtida. De momento lo que más ansiaba era darse una ducha, y sin preocuparse de dejar la ropa tirada en el suelo se fue desnudando de camino al cuarto de baño. Después de que el agua templada relajara sus músculos se afeitó convenientemente. Le parecía increíble recordar exactamente dónde se encontraban cada una de sus cosas después de ocho años. No había querido regodearse en su desgracia y procuró olvidar toda su vida pasada durante el tiempo que estuvo en la cárcel, sin embargo ahora, como un autómata repetía los gestos y buscaba en los cajones las cosas que necesitaba como si tan solo hubiera estado ausente un par de días. Se palpó la cicatriz de la cuchillada que tenía en un costado, resultado de una pelea con otro preso; podía haber sido peor: había visto morir a hombres allí dentro y a otros volverse locos. Él había tenido mucha más suerte.

Tan solo cubierto su cuerpo con una toalla a la altura de las caderas curioseó en la nevera. Cogió un poco de queso y unas uvas además de servirse una copa de vino y se dirigió a su portátil. Esperaba que aún conservara la línea de Internet. Efectivamente Christine no había olvidado ningún detalle. Consultó sus cuentas bancarias y emitió un silbido de asombro al comprobar que su dinero había aumentado considerablemente en aquellos ocho años.

La hija de Foundling se lo había dicho claramente cuando la policía le imputó: "Contrataremos a los mejores abogados, no te dejaré aquí dentro, haré todo lo posible porque salgas lo antes posible y te recompensaré. Paul, te lo juro". Era evidente que aquella promesa se había cumplido y sus más que saneadas cuentas lo demostraban, además del hecho de que ocho años en la cárcel podían considerarse una ganga por los delitos que le imputaban.

En el momento que entró en la cárcel no le hubiera importado nada cumplir cadena perpetua, sentía que era lo que debía hacer por ser el único responsable que quedaba de todo aquello, aunque también era consciente de que Foundling le había ocultado muchas cosas cuando él empezó a dudar de la verdadera naturaleza de aquella fórmula que él creía curativa y que su jefe en realidad había creado para conseguir la vida eterna. Tampoco quería quitarse la parte de culpa que le correspondía: había consentido que muriera gente inocente para satisfacer los planes de J. Foundling, "el fin justifica los medios" había sido su máxima hasta que se dio cuenta de que aquello iba demasiado lejos y que Elizabeth podía estar en peligro. Suspiró al recordar todo aquello,

parecía tan lejano... y a la vez tan vivo en su memoria, era como si hubiera estado dormido y congelado durante aquellos ocho años.

Lo que le había dicho a Christine era cierto: no quería trabajar para ella ni para su empresa aunque había sido él mismo con ayuda de Markus Schultz, aquel extraño colaborador de Foundling, además de consolidado hombre de negocios y conocido promotor, quienes habían realizado las gestiones necesarias para transformar la antigua Alkimax y crear otra nueva que hiciera olvidar los horrores de la farmacéutica. Desde la cárcel había creado todo el entramado financiero y legal para ocultar el verdadero patrimonio y dejar a Christine en buen lugar. Había cargado con todas las culpas pero había conseguido salir airoso de todo aquello.

El sonido del timbre le sorprendió, ¿quién podía visitarle? Extrañado se dirigió a la puerta y la abrió con cautela. Ante él vio a un hombre con un traje de no demasiada calidad, un poco entrado en carnes y con mirada de pocos amigos. Le recordaba perfectamente, era Mike O'Connor, el detective que le puso las esposas y le detuvo en los Cloisters.

-Buenos días, señor Shein. Veo que ya ha retornado a su vida normal, ¿no es así?- dijo con sorna echando un vistazo desde la puerta.

-He cumplido mi condena- contestó Paul secamente- ¿qué quiere?

-Nada, simplemente darle la enhorabuena y recordarle que siempre que necesite un policía yo estaré ahí cerca- dijo con parsimonia haciéndole saber que lo estaría vigilando.

-No creo que esté entre sus competencias la vigilancia a un ex convicto, ¿me equivoco?- dijo apoyado en el quicio de la puerta.

-Piense lo que quiera- dijo encogiéndose de hombros- pero nadie va a decirme lo que puedo o no puedo hacer. Usted y yo sabemos que las cosas no son como ustedes nos han hecho creer. Es indudable que el dinero y los buenos abogados de la heredera del imperio Foundling le han salvado a usted de la cadena perpetua. Imagino que será debido a que ha sabido cerrar bien la boca y dejado que el peso de la ley cayera sobre usted, ¿no es así?

Paul no contestó y se limitó a mantenerle la mirada.

-Hablemos claro- prosiguió Mike- No voy a dejar este caso nunca, ¿me oye? Mi compañero Jack murió y sé que lo que usted contó en el juicio no es la verdad. Le estaré vigilando y cualquier movimiento que haga lo sabré - dijo con gesto amenazador, tras lo cual y sin despedirse dio media vuelta y se marchó- Y vístase, no vaya a coger frío- añadió sin volver la cabeza.

El abogado cerró la puerta con fastidio. Los fantasmas del pasado iban a seguir atormentándole. Mike era el compañero de Jack Bacarezza, el detective que les había seguido los pasos y que parecía tener especial interés en Elizabeth. Su muerte había ocurrido a manos de Foundling, un tiro que si él no hubiera apartado a la joven habría acabado con su vida, la bala le rasguño un brazo pero Elizabeth corrió hacia Jack y estuvo con él todo el tiempo hasta que exhaló el último suspiro y él pudo darse cuenta del amor que parecía haber entre ellos.

Aquella visita había terminado de decidirle, no quería estar allí. Tenía un objetivo desde que entró en la cárcel: encontrar a Elizabeth y saber qué ocultaba y cual era el verdadero interés de Foundling por ella. Intuía que Markus era el único que podría dar alguna luz sobre Elizabeth y decidió que sería conveniente mantener una discreta vigilancia sobre él, necesitaba alguna pista

por la que empezar a buscar. Tenía dinero suficiente y tras algunas gestiones podría vender su paquete de acciones de F&S, después desaparecería y buscaría a Elizabeth en el fin del mundo si era preciso.

Mike estaba enfadado, en realidad lo estaba desde que conoció que el tribunal de justicia había decidido reducir la condena de Paul Shein, ¡aquello era indignante! Sentía que se habían reído todos de él y del pobre Jack. No se quitaba la idea de la cabeza. Tras el juicio que para él había resultado una auténtica patraña, la farmacéutica Alkimax había desaparecido tras una conveniente pérdida de acciones que ¡oh casualidad! habían sido compradas por otra que más tarde se convirtió en la empresa de cosmética y perfumes F&S, dirigida, también casualmente por la joven Christine Foundling, supervisada por Markus Schultz y Charlotte Szlavovicz, ¡genial!, ¡todos los sospechosos que habían investigado él y Jack Bacarezza sobre los crímenes! También habían desaparecido misteriosamente Ludwig Markgraf, uno de los empresarios de clubs nocturnos más importantes de Nueva York, junto con su socio Erick Wolf y la profesora adjunta de Historia del Arte de la Universidad de Columbia, Elizabeth Castro, de la que Jack se había enamorado como un tonto.

El que la investigación fuera continuamente sabotada no podía tener otra causa que las conexiones políticas y financieras del malogrado Foundling, Schultz y la condesa. A Mike le comía por dentro el no haber podido averiguar nada más y lamentaba profundamente que Jack hubiera muerto sin descubrir la verdad de todo aquello. Le había advertido innumerables veces que aquella joven por que la se sentía terriblemente atraído, Elizabeth, era más sospechosa de lo que él quería creer pero no le había escuchado.

Recordó como él a su vez le recriminaba el hecho de que engañara a su mujer con la joven Maddie. Suspiró al recordar a Maddie, la última vez que supo algo de ella fue cuando recibió una invitación para su boda, por aquel entonces ya era tarde para enmendar su matrimonio: la muerte de Jack le había sumido en un estado de continuo malhumor que su mujer no pudo aguantar y se separó de él. Desde entonces vivía obsesionado con la idea de averiguar la verdad sobre aquella trama y sus extraños integrantes. La gota que había colmado el vaso había sido la excarcelación de Paul Shein, que aunque no le consideraba el principal culpable, le aliviaba el hecho de que por lo menos él pagara si no con su vida, si con la cadena perpetua.

El dormir por fin en su cama le supuso a Paul el mayor de los placeres, su cama, sus cosas... hasta ese momento no se había dado cuenta de cómo había echado de menos las cosas mundanas. Se levantó pronto y contempló el amanecer desde la ventana, no cabía duda que era un espectáculo asombroso y ahora estaba dispuesto a disfrutar de cada pequeña cosa que la vida

le otorgaba. Tenía muchas cosas que hacer pero la primera era sin duda visitar los Cloisters del Metropolitano.

No tenía coche ya que el que tenía en los tiempos de Foundling era de la empresa, por lo que alquiló uno y se dirigió hacia Fort Tryon Park. Aunque era pronto ya había gente de visita, pagó su entrada y se dedicó a curiosear los magníficos claustros medievales traídos piedra a piedra desde Europa como un turista más. Se encontró en el lugar justo donde tuvo lugar la muerte de Foundling y su propia detención. Sentía un nudo en la garganta, aún podía ver la extraña lucha entre su jefe y aquel hombre, Ludwig Markgraf. Nadie en aquellos tiempos se hubiera batido a duelo con espadas y sin embargo para ellos había sido lo más normal, era como si en aquel momento se hubieran transportado a un tiempo remoto. También podía recordar las lágrimas y la desesperación de Elizabeth cuando la bala alcanzó al policía y acabó con su vida... fue en ese momento en el que sintió que todo estaba perdido, nada le importaba y decidió hacer lo posible para que ella pudiera salir indemne de todo aquel embrollo.

Avanzó con paso firme hacia uno de los muros, se aseguró de que nadie le viera e introdujo la mano entre una de las grietas, si no recordaba mal en aquel escondite ocultó algo sumamente importante para Foundling. Ahogó un grito de satisfacción cuando sus dedos rozaron el tubo de cristal, lo extrajo con cuidado y lo contempló. En aquel tubo estaba la sangre de Elizabeth que Foundling le extrajo antes de intentar matarla. Según decía él, en sus órganos y en su sangre estaba la clave que tanto había buscado, el ingrediente principal para su fórmula de eterna juventud. La sangre se había coagulado dentro del tubo de cristal pero la frescura de la piedra la había conservado todo aquel tiempo. ¿Por qué era tan importante la sangre de Elizabeth?, ¿quién era ella realmente? Foundling le había dicho que se quedaría sorprendido cuando supiera quién era ella en realidad pero eso no le había aclarado nada, ¿quién era Elizabeth?, ¿qué ocultaba?, ¿cuál era el misterio que se cernía sobre ella? Recordó el momento en que ella y Foundling se encontraron, ahora lo tenía claro, ambos se conocían de antes y la sorpresa de Foundling al reconocerla fue equivalente al pánico que experimentó la joven. Era evidente que ella le temía, pero ¿por qué? lo que más le dolía es que ella no hubiera confiado en él.

Empezó a llegar gente y Paul ocultó rápidamente el tubo de cristal nuevamente en la grieta. Si había permanecido allí durante ocho años sin problemas es que era un lugar seguro, probablemente el mejor, y podía permanecer allí muchos más. Había tenido curiosidad por saber si aquel tubo estaba seguro allí y ya sabía la respuesta, ahora solo le quedaba arreglar algunos asuntos y ocuparse de su principal objetivo: encontrar a Elizabeth.

Antes de llegar a los Claustros había tenido el impulso de llamar a su teléfono pero tal y como imaginaba había sido dado de baja hacía años. No tenía por donde empezar a buscar aunque había algo que tenía claro: Markus Schultz estaba implicado en todo aquello, no le cabía duda, así que lo mejor que podía hacer era apartarse de él y desaparecer.

Un hombre anciano de rasgos orientales contemplaba con interés la foto de una daga. Estaba sentado cómodamente en su despacho que aunque era de gran sencillez poseía algunas piezas de mobiliario de incalculable valor. Observaba el arma ricamente adornada con veneración y mirada experta. Frente a él, observando su expresión y atento a cualquier gesto, se encontraba un hombre más joven.

-Es una daga utilizada en el harakiri de uno de los 47 ronin- explicó ansioso de demostrar el valor del arma que le mostraba. Se refería a una historia legendaria de la época Edo en la que dos señores feudales discutieron en la corte del shogun, uno de ellos hirió en la frente a su contrincante con su wakizashi, ofendiendo al señor de la casa en la que no se podía utilizar ningún arma, por eso fue condenado a cometer el harakiri, su familia fue desterrada y sus samuráis se convirtieron en ronin: guerreros sin honor. Estos quisieron vengar a su amo y con el tiempo asaltaron la mansión del contrincante de su señor y le ofrecieron cometer harakiri con la misma hoja que había usado su amo pero se negó y lo decapitaron; la cabeza fue encontrada en la tumba de su amo como ofrenda en el templo de Sengakuji. Estos ronin fueron condenados a cometer harakiri. De ahí la importancia de aquella daga que Amida estaba ofreciendo al anciano Akiyama.

-Si, eso parece... Bien- dijo Akiyama Satukiro con gesto desganado mientras le devolvía la foto al joven Amida y volvía la cabeza hacia los papeles que había en su mesa- lo pensaré.

-¿Lo pensaré?, ¿es una pieza única!- exclamó un tanto ofendido Amida.

Akiyama levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de Amida. Aunque era un hombre de cierta edad, la mirada de sus ojos rasgados podía amedrentar a cualquiera.

Amida no rechistó, bajó la cabeza y lamentó haber sido tan estúpido, le debía un respeto al señor Akiyama, no solo por su edad, sino porque era un hombre poderoso.

-Lo siento- murmuró haciendo una profunda reverencia.

-Bien- dijo Akiyama con satisfacción- La daga me gusta pero no me convence. Estoy buscando algo más... importante y original- dijo cruzando las manos.

El joven le miró sin comprender, le había costado mucho dar con aquella daga. El señor Akiyama le había ordenado buscar una antigüedad interesante para su colección y él pensaba que aquello era lo que estaba buscando.

-Su precio es excesivo y dagas como esa se pueden encontrar en cualquier lugar. Nadie asegura que sea una daga ronin- dijo Akiyama con convencimiento.

El joven apretó los dientes pero no dijo nada. Trabajar con el señor Akiyama a veces resultaba enormemente complicado. Había localizado aquella daga y no había parado hasta dar con el dueño. Cierto era que se trataba de uno de los hombres con los que el señor Satukiro no mantenía buenas relaciones, pero Amida pensaba que esto no sería ningún problema, se trataba de una transacción comercial y sabía que Akiyama era un enloquecido de las antigüedades. No entendía qué podía ser más importante que aquella daga. Salió del despacho inclinándose ceremoniosamente otra vez al mismo tiempo que entraba un atractivo joven altivo, de rasgos angulosos y mirada fría. Ni siquiera le saludó, le miró despectivamente y cerró la puerta casi en su cara cuando hacía la última reverencia.

-Dime Kenshi- dijo el señor Satukiro dirigiéndose a su hijo.

-Te estamos esperando para ir a visitar las tumbas de los antepasados- anunció el joven mientras se sentaba despreocupadamente en el sillón frente a su padre. Este le miró con gesto de desagrado y el joven Kenshi se apresuró a cambiar su actitud y se incorporó en el sillón tomando una posición más formal. A Akiyama le desagradaba profundamente que los jóvenes fueran tan poco respetuosos y hubieran olvidado parte de las innumerables tradiciones de la cultura nipona, pero en realidad estaba orgulloso de sus hijos Kenshi y Kano. Eran dos jóvenes atractivos e inteligentes.

-¿Y tu hermano?- le preguntó mientras se levantaba.

-Está esperando en el coche- dijo levantándose de inmediato- ¿Qué quería Amida?

-Venderme una antigüedad, una antigua daga con la que uno de los 47 ronin se hicieron el harakiri.

-¿Es interesante?, ¿vas a comprarla?- preguntó sabiendo que a su padre le encantaban las antigüedades.

-Es interesante- respondió con aire cansado- pero no pienso pagar por ella. Su dueño es Yoshiro Kometaka- dijo como si aquel nombre por sí mismo ya fuera suficiente explicación.

Kenshi movió la cabeza, entendía por qué su padre no podía comprar aquella daga. Aquel hombre era comerciante de antigüedades y entre él y su padre había una enemistad que se remontaba muchos años atrás. Su honor no le permitía rebajarse a tratar con Yoshiro.

-Pero tú quieres esa daga, ¿verdad?- insistió Kenshi que conocía muy bien a su padre.

El hombre le miró fijamente, sus ojos se empequeñecieron aún más al intentar descubrir lo que pretendía su hijo.

-Yo te la conseguiré y no tendrás que pagar ni un solo yen por ella- le aseguró.

Akiyama Satukiro podía estar orgulloso de su hijo. Era un joven valiente y osado, le había inculcado desde pequeño los valores tradicionales de los samuráis aunque a veces había algo en él que le hacía sospechar que su sentido del honor no correspondiera con el suyo. Sabía que tenía negocios sucios pero prefería no inmiscuirse, debía darle libertad y esperar que encontrara su camino. Contaba con él para llevar la empresa cuando él no estuviera. Sabía que en los negocios había que ser frío y calculador, Kenshi lo era, sin embargo su otro hijo, Kano, del que también estaba orgulloso, era más sentimental y se dejaba llevar por la compasión. Reconocía que el día que eligió el nombre de ambos había acertado por completo: Kano, dios de las aguas; Kenshi, corazón de espada.

Ambos salieron del despacho. Los sirvientes se inclinaron ceremoniosamente a su paso.

En el exterior, un joven de finos rasgos y sonrisas abierta les esperaba, debía tener unos veintidós años, dos menos que Kenshi.

-¿Nos vamos ya?- preguntó impaciente mientras se introducía en el coche.

-¿A qué vienen esas prisas?- preguntó su padre que se extrañaba de que su hijo menor tuviera tanto interés por cumplir con los preceptos de las antiguas tradiciones.

-Bueno, es la fiesta del Shunbun No Hi, el día del Equinoccio de Primavera y hay que visitar la tumba de los antepasados, eso es lo que nos has enseñado desde que éramos pequeños, ¿no?, el respeto por las tradiciones y nuestros ancestros- respondió Kano con convicción.

Akiyama sonrió con satisfacción pero Kenshi no pudo evitar una sonrisa irónica.

-Si claro, aunque también hay que contar con que el embajador inglés estará allí visitando a sus antepasados, ¿verdad Kano?

El aludido no contestó, se limitó a pisar el acelerador y dirigir una mirada de fastidio a su hermano por el retrovisor.

-¿El embajador inglés?, ¿por qué?- preguntó su padre sin comprender mientras el coche avanzaba entre el tráfico de la ciudad de Tokio.

En un semáforo se pararon y Kano volvió su rostro.

-El embajador inglés tiene antepasados japoneses- explicó a su padre.

-Vaya... lo desconocía- dijo con pesar. No había tenido relación con la diplomacia británica pero sabiendo que tenían ascendencia nipona le parecía interesante mantener cierto contacto.

-También tiene una hija- dijo Kenshi con ánimo de mortificar a su hermano.

-Vaya... ahora lo comprendo todo- murmuró sonriendo beatíficamente Akiyama.

Llegaron al cementerio con tiempo suficiente. Había numerosas personas que también visitaban a sus seres queridos, algunos rezaban. Se realizaban ritos budistas Higan en honor a las almas de los ancestros. Muchas familias hacían ofrendas en los altares budistas en sus casas y luego visitaban los cementerios.

Kenshi descubrió al embajador antes que su hermano. Un hombre con barba blanca y actitud respetuosa se encontraba delante de una de las tumbas, había quemado incienso y rezaba frente a ella con los ojos cerrados.

El señor Akiyama esperó pacientemente a que terminara el rezo y después se aproximó junto con sus hijos a presentar sus respetos al diplomático.

-Señor Satukiro- saludó gravemente el embajador, que evidentemente le conocía, haciendo una inclinación tal y como correspondía a la tradición y al respeto que le merecía el hombre.

-Estoy encantado de encontrarle aquí. Acabo de enterarme de que tiene usted orígenes nipones, ha sido una sorpresa- dijo Akiyama con evidente satisfacción al saberse reconocido.

-Sí, mi abuela lo era y mi fallecida esposa también- contestó el diplomático con énfasis.

Mientras los dos hombres hablaban, una joven portando flores frescas se aproximó hacia ellos. Era bonita, de tez blanca, ojos almendrados y una larga melena oscura que enmarcaba su rostro que sin tener rasgos orientales evocaba a una geisha. Al padre de los jóvenes no le pasó desapercibida la muchacha, sin duda era la joven por la que Kano tenía tanta prisa en acudir a aquel lugar, sonrió al ver la mirada risueña que ella le dirigía rápidamente a un Kano totalmente

entregado, pero lo que le dejó preocupado fue ver el brillo y la mirada de su hijo Kenshi. No estaba bien que dos hermanos se sintieran atraídos por la misma joven, eso siempre traía problemas.

-Supongo que esta hermosa joven será su hija- imaginó Akiyama mirando a la joven con dulzura. La aludida sonrió y se inclinó respetuosamente ante él.

-Si- respondió el cónsul con orgullo de padre- Es mi hija Tania.

Una mujer de mediana edad y gesto impaciente esperaba a que la joven que tenía sentada en frente de ella terminara de leer el informe de Asuntos Sociales. Se había quitado las gafas de montura de pasta en actitud fatalista; para ella la decisión estaba bastante clara. La joven examinaba el documento con el ceño fruncido y mirada interesada, debía tener unos veinticinco años. A su lado, un joven un par de años mayor estudiaba el informe por encima de su hombro. Aunque en el exterior hacía buen tiempo, en el interior del despacho de la directora del Centro se respiraba olor a tormenta.

-¿Y bien?- preguntó la mujer dando golpecitos nerviosos con el bolígrafo sobre la mesa.

-Creo que es exagerado- dijo la joven que lucía un piercing en su nariz. Se apartó el cabello castaño que llevaba suelto.

-¿Exagerado? Se ha escapado del centro y la han encontrado robando en una tienda y con evidentes muestras de haber tomado droga. Creo que es necesario que esta muchacha tenga un poco de disciplina, a mi parecer habéis sido demasiado blandos con ella- explicó la directora con mirada firme.

La joven del piercing se mordió los labios con inquietud.

-Démos otra oportunidad, sé que podemos conseguir algo bueno de ella- suplicó expectante.

-¿Algo bueno?- preguntó con sorna la directora del centro de menores- Se ha pegado con el resto de los muchachos que tenemos aquí, se ha escapado varias veces, incluso ha intentado agredirte, ¿qué hay de bueno en ella? Ian, quiero saber también tu opinión- dijo dirigiéndose ahora al joven de cabello castaño oscuro y mirada reflexiva.

El joven aludido suspiró, hasta entonces había mantenido una actitud discreta. Se removió intranquilo en la silla. No solía ser tan apasionado como su compañera pero tenía que dar su opinión en aquel caso, era necesario.

-Creo que Meg está bastante trastornada, aún no hemos logrado encontrar qué es lo que falla en ella, se niega a hablar y a confiar en nosotros- explicó el joven.

-Pues si no habla contigo que eres el psicólogo del centro, poco podemos hacer- dijo la directora empezando a dar por concluida aquella reunión entre el psicólogo, la trabajadora social y ella.

La joven del piercing dirigió una mirada suplicante a Ian.

-Por eso mismo- continuó el psicólogo correspondiendo a la mirada de la joven- yo también le pediría una última oportunidad. Es una cría rebelde pero sé que hay una causa, estoy convencido de que nos está poniendo a prueba y éste es el único modo que tiene de probar nuestra confianza.

Si la fallamos ahora la habremos perdido para siempre. La función de los Asuntos Sociales es la reinserción de jóvenes, no convertirlos en delincuentes, ¿me equivoco?

La explicación de Ian había hecho que la señora Rowlan se quedara pensativa. Normalmente Ian Kirkpatrick era bastante sensato, no como su compañera que era amiga de las causas perdidas y siempre pretendía salvar incluso los casos que no tenían solución. Meditó unos instantes que a ellos les parecieran siglos hasta que por fin les dio su veredicto.

-Está bien... pero será la última oportunidad, ¿me oyes?- dijo dirigiéndose a la joven del piercing- No consentiré ni una fuga más y no vuelvas a suplicar en el despacho con la ayuda de Ian porque Meg irá directamente al reformatorio más duro que exista en toda Gran Bretaña.

-¡Gracias!- exclamó la joven levantándose alegremente. Llevaba un pañuelo largo al cuello que le llegaba hasta casi las rodillas y en ese momento cayó al suelo.

La joven salió del despacho feliz, le dio un abrazo a Ian en agradecimiento.

-Si no hubiera sido por ti... - murmuró llena de satisfacción.

-Bueno, yo tampoco quería que Meg fuera a un reformatorio pero está claro que será la última oportunidad que tenga- aseguró el joven de rasgos atractivos dándole el pañuelo que había recogido.

-Espero que la aproveche- especuló pensativa mientras que se echaba al hombro el bolso deforme que solía llevar al trabajo y cogía el pañuelo que Ian le tendía.

-No sé por qué estás tan empeñada con el caso de Meg- dijo Ian mientras se cruzaba la cartera por el pecho para llevarla más cómodamente.

-Me recuerda mucho a mí- dijo la joven con mirada evocadora.

-No te imagino así- rió el joven mirándola de arriba abajo. Ciertamente era que su compañera en el centro de menores era un poco transgresora. A los directivos no les había hecho demasiada gracia su aparición, decían que podía confundir a los jóvenes por su aspecto demasiado informal pero él, como psicólogo entendía que podía empatizar muy bien con ellos al tener un estilo de vestir y de actuar que parecía más propio de una rebelde que de una trabajadora social, como en realidad era.

-Vamos a darle la buena noticia- dijo la joven.

Meg se encontraba sentada en un banco en el pasillo, estaba custodiada por una policía y su aspecto era lamentable.

-¿A dónde tengo que ir ahora?- preguntó con hastío- ¿Voy a ir a la cárcel o qué?

-No, claro que no vas a ir a la cárcel- aseguró Ian.

La directora del centro se acercó hasta ellos y despidió a la policía.

-¿No van a hacer una denuncia?- preguntó.

-No, por ahora no. Hemos decidido que se quedará aquí, a prueba- dijo con seriedad mirando a la muchacha.

La policía se encogió de hombros y se dispuso a marcharse.

-¿Puedo quedarme?- preguntó Meg que no se lo creía aún. Podría haber sido muy bonita si su aspecto no estuviera desfigurado por la pintura y una eterna expresión de asco, como si estuviera de vuelta de todo.

-Agradéceselo a Ian y a Rebeka. Tienes suerte de contar con ellos.

La adolescente no pudo evitar un gesto de sorpresa y en sus ojos brilló lo que parecía una mirada de agradecimiento y cierto sentimiento de cariño por aquellos trabajadores del centro de menores. Si, habían hecho bien, Meg se merecía una oportunidad y ambos estaban seguros de que la aprovecharía.

-Hoy estás feliz, ¿eh Rebeka?- le dijo Ian cuando ambos salieron del centro al terminar su jornada. Entrecerró los ojos cuando la luz del sol le dio de lleno en la cara.

-¡Por supuesto! Deberíamos ir a celebrarlo- dijo la joven que se sentía plétórica.

-¡Me parece estupendo!

-Voy a llamar a Alex- dijo Rebeka sacando el móvil. A Ian se le cambió la cara cuando oyó el nombre de Alex, parecía como si en todo lo que le ocurriera a Rebeka, fuera bueno o malo, tuviera que estar Alex también presente. A la joven le pasó desapercibido el gesto de disgusto de Ian.

-¿Alex?, ¿dónde estás?, ¿puedes venir a tomar algo con Ian y conmigo?

Rebeka escuchó atentamente a través del teléfono y al final colgó.

-¿Qué ocurre?- preguntó Ian.

-Alex no puede venir- dijo con pesar- tiene mucho lío.

-Bueno, no pasa nada- dijo su compañero intentando animarla pasándole el brazo por los hombros- Nosotros dos solos podemos divertirnos y celebrar que has sacado de las garras de la señora Rowlan a una posible delincuente en potencia.

Rebeka rió a carcajadas. Le gustaba mucho estar con Ian, siempre podía contar con él para animarla y compartirlo todo. Era su mejor amigo, aparte de Alex, claro.

Cuando Alex colgó el teléfono su rostro expresaba un cierto disgusto, ciertamente aquel no era un buen día para él. Acababa de salir del banco con malas noticias, le habían denegado el crédito que había solicitado y contaba con ese dinero para poder comprar un ordenador nuevo. Su pequeña empresa de diseño gráfico y publicidad nunca podría crecer si no contaba con nuevas herramientas. Tenía un pequeño capital en el banco pero eso no se podía tocar, en aquellos ocho años había aprendido a salvaguardar una parte del dinero por si alguna vez él y Rebeka tenían que huir y aquel dinero, aunque le vendría muy bien, no podía tocarlo, era el dinero que Ludwig había depositado para ellos. Tendría que buscar otro modo de financiarse los nuevos equipos.

De todas maneras, aunque la cita en el banco hubiera salido bien, no le apetecía salir con Ian, era el psicólogo y compañero de trabajo de Rebeka en el centro de menores, estaban tan unidos que él se sentía un poco desplazado siempre que estaban los tres juntos. Tenían demasiadas cosas en común, conversaciones y bromas que compartían y él se quedaba fuera de juego. Lo mejor era que se fueran ellos dos solos a tomar algo, él volvería a su pequeño apartamento a navegar por la red.

Estaba en la parada del autobús cuando se quedó mirando un anuncio de la marquesina. Era una de esas campañas publicitarias en las que no muestran el producto que publicitan manteniendo la intriga hasta el último momento. Era una campaña importante puesto que la había visto en prensa, televisión e incluso Internet y no tenía ni idea de qué podría vender, pero el estilo era Public State, la mayor empresa de marketing y publicidad de Londres. La conocía bien, había trabajado en alguna

ocasión como freelance para ellos. Se encogió de hombros, no le importaba lo más mínimo, lo único que quería era sacar a flote la suya y quizás con el tiempo contratar a alguien que le pudiera ayudar. Quería ser su propio jefe, ser independiente y no tener que aceptar órdenes de nadie.

Se subió a la parte de arriba del autobús rojo cuando este llegó. Siempre le había gustado y recordaba cómo cuando vivía en Nueva York fantaseaba con su amigo Martin sobre lo que harían el día que ambos viajaran a Londres: subirse a la parte de arriba de uno de esos autobuses rojos y cruzar el mismo paso de cebra en Abbey Road que los Beatles immortalizaron en la portada de su disco. Sonrió con tristeza, ¿Cuánto tiempo hacía ya de aquello? Casi sin darse cuenta habían pasado ocho años desde que tuvieron que salir a toda prisa de Nueva York. Había sufrido demasiadas cosas y visto horrores que nadie, salvo Rebeka, podría creer o entender. Ahora tenía veintiséis años y veía las cosas desde otra perspectiva y aunque en aquella ocasión le pareció tremendamente duro que Ludwig les mandara a ellos solos a Londres a empezar una nueva vida, ahora lo entendía perfectamente y agradecía enormemente a aquel hombre lo que había hecho por ellos.

Su rostro preocupado se transformó con un gesto sonriente al recordar a Ludwig, había sido su mentor, casi como un padre en los momentos difíciles por los que pasó cuando murió y volvió a la vida... aquello parecía tan sumamente lejano... Le había parecido una locura todo aquello pero cuando llegó a comprenderlo todo se sintió enormemente agradecido. Él era el último descendiente de Ludwig y estaba enormemente orgulloso de ello, muchas veces se preguntaba si volverían a verse alguna vez pero aquello le parecía hartamente improbable, imaginaba que Ludwig, Erick y Elizabeth habían tomado sus propios caminos en la vida.

Sabía que Rebeka había conservado la esperanza de que Ludwig y Erick volvieran a por ellos. Al principio de llegar a Londres, Rebeka se pasaba los días llorando mirando por la ventana. El tiempo lluvioso y con niebla había contribuido a que su amiga se sumiera en un estado depresivo del que le costó un tiempo sacarla. Había prometido cuidar de ella y así lo hizo. Ya había madurado cuando comprendió a lo que se enfrentaba en Nueva York: los zombis y el resto de La Comunidad, pero en Londres tuvo que enfrentarse a algo si cabe más importante: cuidar y responsabilizarse de su propia seguridad y la de Rebeka. Estaban solos y tenían que afrontar su vida, tomó decisiones dolorosas pero acertadas, pensó en lo que haría Ludwig y acertó en lo que hacía. Alquilieron dos pequeños apartamentos en distintos barrios, no podían estar juntos porque no sabían si alguien podía vigilarlos, estando separados tendrían más posibilidades de escapar, y tras un par de meses de adaptación habló seriamente con Rebeka: estaban solos, tenía que aceptarlo y vivir tal y como Ludwig había deseado. Aquello fue un revulsivo para la muchacha que aceptó la situación. Los dos empezaron a vivir sus vidas, no querían tener nada a su nombre que les pudiera delatar, así no tendrían nada a lo que aferrarse, nada les podía retener allí y podrían escapar más fácilmente. Alex se ocupó de que Rebeka siguiera estudiando y entre los dos administraron el capital que Ludwig había depositado para ellos en una firma de abogados.

Ocho años después Alex podía estar orgulloso, Rebeka se había convertido en trabajadora social y estaba contratada en un centro de menores mientras que él había conseguido formar una pequeña empresa de publicidad que no le iba demasiado mal. A veces recordaba como él y Martin imaginaban su futuro trabajando juntos creando juegos de ordenador, hubiera sido bonito pero la

vida nunca deja de sorprender y aunque era inevitable que el ser humano hiciera planes, también era inevitable que se vinieran abajo en el momento menos pensado.

¿Qué habría sido de Martín?, esperaba que hubiera salido del coma. Bastante sentimiento de culpa tenía sabiendo que se había intentado suicidar por su culpa, pero no tenía medios para saber de él. Sabía perfectamente que no podía ponerse en contacto absolutamente con nadie de su pasado pues eso podría ponerles en peligro, no podían utilizar el Messenger ni las redes sociales. ¿Y Linda? Confiaba sinceramente en que Martín y ella estuvieran juntos y felices. No había sido justo con ellos y lo lamentaba.

Aquellos eran temas de los que no hablaba con Rebeka, era como si ella quisiera olvidar todo el pasado por el gran dolor que le suponía todo lo ocurrido así que era un tema tabú entre ellos, como si su vida siempre hubiera transcurrido en Londres.

Un frenazo del autobús le sacó de sus pensamientos. Era su parada. Bajó rápidamente por la escalerilla y se dirigió el resto del camino hacia su casa andando.

La celebración de Ian y Rebeka se limitó a comer en un Angus Steak House y un paseo en barco por el Tamesis. Hacía buen tiempo, la primavera acababa de llegar y el sol calentaba tímidamente. Rebeka estaba feliz, parecía como si ella misma fuera Meg y se hubiera abierto una puerta llena de posibilidades. Se quitó la chaqueta y la guardó en el bolso. Sopló hacia arriba en un divertido gesto para apartarse el flequillo.

-De todas maneras creo que te implicas demasiado- dijo Ian mientras compraba un par de helados. -¿Y eso lo dices tú?- preguntó ella con sorna- Aún recuerdo el día en que te llevaste a tu casa a Tommy- dijo refiriéndose a otro de los muchachos del centro.

-Bueno- contestó Ian mientras se lamía el dedo por donde le caía parte del helado de vainilla- aquello fue diferente, el muchacho estaba aterrorizado, habían amenazado con partirle las piernas.

-Eres demasiado blando- dijo ella y a continuación lamió su helado.

-Y tú demasiado bonita- le contestó él apartándole un mechón de pelo de la cara.

El ceño de Rebeka se frunció.

-Lo siento- se excusó Ian antes de que ella protestara- No lo puedo evitar, eres bonita- bromeó con una sonrisa.

La joven rió a su vez. Su relación con Ian era muy especial, no quería estropearla y se había jurado a ella misma que sólo vería en Ian a un amigo, por muy guapo que a ella también le pareciera y que en numerosas ocasiones le hubiera encantado acariciar su cabello castaño oscuro. Siempre que ocurría aquello, en su mente aparecía el rostro de Alex.

Los dos amigos se despidieron y Rebeka tomó el metro para ir a su casa cerca del barrio de Nothing Hill. Subió la pequeña escalinata y se quedó con las llaves en la mano antes de abrir; frunció el ceño al descubrir sobre el felpudo un pequeño paquete. Miró hacia ambos lados de la calle con precaución y tras recoger el paquete abrió la puerta y se metió en casa rápidamente.

Se sentó en el sillón y rasgó el papel del paquete con ansiedad. Ante ella se descubrió una preciosa flor de loto en todo su esplendor, sin ninguna nota ni remitente. Rebeka la observó cuidadosamente, ¿qué significaría? La puso en un florero y la colocó en un sitio preferente de su minúsculo salón. No era la primera vez que recibía extraños obsequios sin remite, en fechas

disparos. Cualquiera en su situación hubiera sentido miedo, quizás un psicópata la acechaba pero ella tenía la secreta certeza de que se trataba de Ludwig. Acarició los sedosos pétalos de la flor y sonrió con cariño. ¿Dónde estaría?, ¿volverían a verse algún día?

Pensativa puso un poco de música para relajarse y casi sin darse cuenta fue a la nevera a por un refresco pero casi al instante lo guardó de nuevo. No le gustaba oír música mientras bebía, no después de lo que había ocurrido ocho años atrás. Probablemente era algo que no volvería a repetirse pero no quería arriesgarse. Por fortuna el grupo musical Sad Cemetery había desaparecido, ya prácticamente nadie se acordaba de él, al igual que aquel refresco que tanto impactó en Nueva York: Flymind. Aquel poseía unos ingredientes que combinados con el tritono de las canciones de los Sad Cemetery producían cambios en el líquido cefalorraquídeo. Era la trama que había urdido John Foundling, lo malo es que también producía un extraño estado hipnótico que inducía a los jóvenes que bebían Flymind y escuchaban a los Sad Cemetery a suicidarse. El efecto secundario de la extracción del líquido cefalorraquídeo de los fallecidos había sido la conversión en zombis. Rebeke se estremeció, no, decididamente no bebería ningún refresco mientras escuchaba música.

Aquello había completado un día perfecto, después de conseguir salvar a Meg de un reformatorio había recibido un precioso regalo. Aquella noche durmió plácidamente, sin las pesadillas que solían atormentarla.

Cuando Ian llegó a su casa también puso música pero para evitar ser escuchado en caso de que hubiera algún micrófono en su casa. Era una precaución que siempre tomaba cuando tenía que telefonar a un determinado número de teléfono.

-Va todo bien- dijo secamente cuando alguien contestó al otro lado, y sin más colgó.